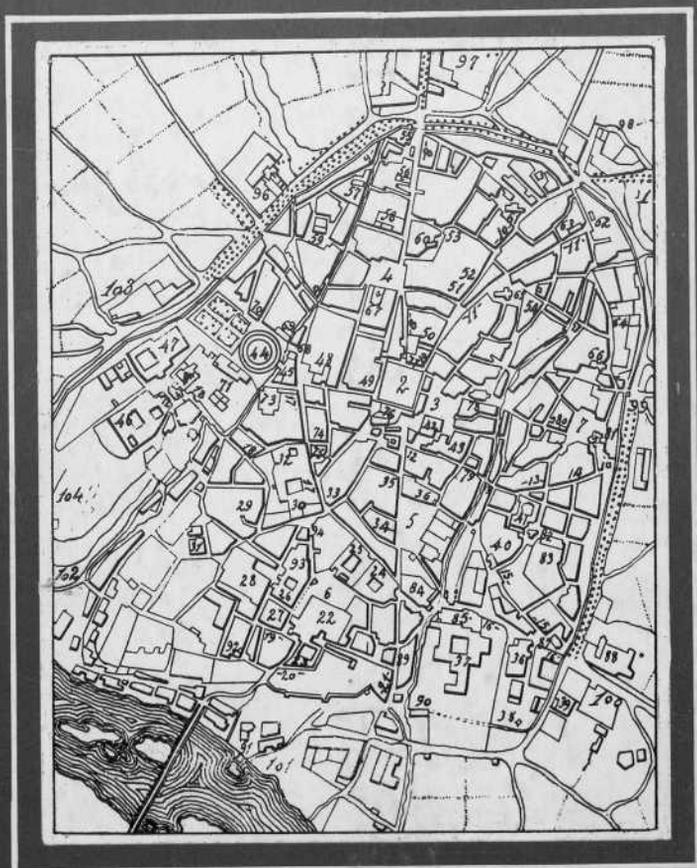


SALAMANCA: PERSONALIDAD GEOGRAFICA DE UNA CIUDAD

ANGEL CABO ALONSO



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1981

124.478

6

ANGEL CABO ALONSO



SALAMANCA:
PERSONALIDAD GEOGRÁFICA DE UNA CIUDAD



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1981

SALAMANCA



Vista aérea de Salamanca

ANGEL CABO ALONSO



SALAMANCA: PERSONALIDAD GEOGRAFICA DE UNA CIUDAD

Discurso leído en la solemne apertura
del Curso Académico 1981-82



EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

1981

ANGEL CABO ALONSO



© EDICIONES UNIVERSIDAD DE SALAMANCA Y
Angel Cabo Alonso

Ediciones Universidad de Salamanca
Apartado de Correos n.º 325
Salamanca (España)

Diseño de la cubierta: C. Povedano

Ilustración: Plano de Salamanca en 1886, según Valverde y Alvarez

I S B N: 84 - 7481 - 166 - X

Depósito Legal: S. 541 - 1981

Impresión: EUROPA Artes Gráficas, S.A. Sánchez Llevot, 1. Salamanca

Es misión del geógrafo estudiar y dar a conocer el espacio que tenemos en torno, sus formas humanas de ocupación, los hechos o circunstancias que las estimulan o limitan y las consecuencias que de ellas se derivan, o, dicho de otra manera, captar y hacer ver cuál es la personalidad definitoria de cada parcela o paisaje de la superficie terrestre. Y ¿qué parcela de más obligado conocimiento y explicación que la más inmediata, esto es, la ciudad en la que se vive y se trabaja?

Una ciudad -Salamanca en este caso- que, al igual que las restantes, hay que entender como un ser vivo y complejo. Un ser que ha tenido su difícil gestación, su nacimiento, sus primeros balbuceos vitales, sus períodos de crisis y de desarrollo y su madurez. Un conjunto integrado por seres humanos -las células del mismo- que van renovándose y se agrupan como en tejidos para constituir los distintos grupos sociales o económicos. Un todo que cuenta también con movimientos circulatorios -de personas, vehículos, mercancías, capitales-, que dispone de funciones materializadas en templos, aulas, oficinas bancarias y administrativas, almacenes, comercios, talleres, calles... y que tiene como misión poner en armónica conexión sus distintos elementos integrantes y éstos con los de otros núcleos. Porque la ciudad, con más o menos población, con mayor o menor elaboración de productos, es siempre un centro de servicios. En el predominio de unos u otros, en la particularidad de sus conexiones y en la manera de materializarse en grupos humanos, en movimientos, en calles y construcciones estriba la personalidad -carácter y fisonomía- de la ciudad. En esta personalidad influyen las circunstancias del momento, pero también las heredadas. Responder así a cómo es Salamanca requiere examinar las condiciones en que se produjo su nacimiento, las etapas de desarrollo, sus funciones y formas actuales y el especial engarce de ellas y respeto al mundo circundante. Obvio es que en una simple lección sólo cabe esbozar tan amplio estudio. Es lo que nos proponemos.

NACIMIENTO Y RENACIMIENTO DE LA CIUDAD

Nació Salamanca como ciudad en época prerromana, hace al menos 23 siglos, y exactamente sobre los tesoros del Alcázar o de las Catedrales y de San Vicente y en el intermedio barranco de los Milagros. Con los moldes urbanos de nuestros días puede parecer pequeño el espacio de aquella Helmantica, Salmantica o

Salamanca de entonces. Sin embargo, son numerosos los autores clásicos que la citan -señal de su importancia- y algunos, como Plutarco y Polieno, dicen concretamente que era grande y populosa¹. Los romanos le dieron mayor relieve al cruzarla con la famosa Calzada de la Plata y al levantar el magnífico puente sobre el Tormes, de cuyo remoto origen conservó 15 arcos y que es el único que ha tenido la ciudad hasta que, ya entrado este siglo, se construyó aguas arriba el de Enrique Estevan. En el siglo II a. de J.C. abandonaron los romanos el teso de San Vicente y limitaron el núcleo al de las Catedrales, cercándolo con nueva muralla de sillares graníticos a la que dos siglos después agregaron torreones². En este más reducido recinto mantuvo Salamanca su vida y su carácter urbanos hasta el final de la época visigoda.

La ocupación musulmana produjo después la ruina y el despoblamiento del lugar. Seguramente no de manera absoluta, aunque sí tan acusada como para que perdiera aquel carácter urbano. A principios del siglo XII el rey Alfonso VI encargó la reconstrucción y la repoblación de la ciudad a su yerno Ramón de Borgoña, quien las realizó sobre los cimientos y ruinas de la ciudad anterior.

También las ciudades pueden llegar a morir como tales, quedando entonces reducidas a despoblados o a simples lugares aldeanos sin servicios. Los ejemplos son numerosos: Tebas, Ur, Babilonia, Nínive, Mileto, Olimpia, Delfos, Knosos, Persépolis, Cartago... ¿Por qué Salamanca, menos famosa que ellas, volvió a levantarse y a adquirir nueva y pujante vida? Hubo aquí, ciertamente, una voluntad política de reconstrucción y con igual categoría urbana -la daba el obispado- que la que tuvo en la etapa anterior, pero también la Historia registra reconstrucciones que no pervivieron. Y es que en el solar salmantino se conjugan cuatro condiciones favorables para la creación y pervivencia de un centro de relaciones o de servicios: el contacto entre dos zonas litológicas y edáficas distintas, una ruta natural de comunicaciones de sentido meridiano, el vado del río y el teso en que se reconstruyó la ciudad.

Contacto entre zonas diferentes: al oeste y sur se halla el zócalo de la penillanura de la Meseta, con sus afloramientos de pizarras, cuarcitas y granito; al norte y este, una cuenca colmatada por finos sedimentos terciarios y cuaternarios de areniscas, arcillas, calizas y margas. Sobre aquellos afloramientos pizarreños, cuarcitosos y graníticos o entre ellos se formaron suelos de escasa miga, más propicios a la utilización forestal y ganadera que a la agricultura; los de la zona sedimentaria, en cambio, son más aptos para el laboreo y el cultivo. Así se explotaron unos y otros desde tiempos prerromanos. A un lado se hallaban entonces los vettones, pueblo ganadero que nos dejó como muestra de esa actividad y de las

1 BEJARANO, V.: «Fuentes antiguas para la historia de Salamanca». *Zephyrus*, 1955, págs. 89-120.

2 MALUQUER DE MONTES NICOLAU, J.: *Carta Arqueológica de España. Salamanca*. Salamanca. Diputación, 1965, págs. 97-103.

creencias relacionadas en ese momento con ella numerosas esculturas zoomorfas de las que el toro del puente es ejemplar simbólico y más conocido; al otro, los vacceos, que prefirieron las actividades agrícolas. Roquedo y suelos fueron, pues, estímulos para economías distintas a los que los hombres respondieron de manera positiva desde la lejana Prehistoria.

El contacto entre las dos zonas se realiza en el mismo solar salmantino: los resaltes pizarreños emergen tras el barranco, ya suavizado por la urbanización, en el que se levanta el Hospital Clínico, se continúan por el cementerio y dan nombre al barrio de los Pizarrales. Las areniscas que se sedimentaron durante el primer período de la era terciaria forman la fachada meridional del núcleo histórico y la del otro lado del río, aparecen al realizar cualquier cimentación y afloran y afloran todavía en resaltes que la urbanización ha tenido que ir eliminando.

Las dos distintas economías necesitaban un lugar donde relacionarse, un lugar intermedio en el que se realizaran los intercambios de productos y aquí, sobre el mismo contacto, lo encontraron.

El lugar se halla, además, sobre un eje natural e importante de comunicaciones; el mismo eje que se consolidó cuando los romanos hicieron de él Calzada de la Plata y los reconquistadores medievales cañada real de trashumancia. Pero yo entiendo que en regiones de ciclos estacionales de lluvias y aridez la trashumancia la practican primero las manadas de herbívoros salvajes, como ocurre todavía en las zonas circumpolares y de estepas, y de ellos la aprenden los hombres y la continúan cuando consiguen ya domesticarlos y se hacen sus pastores. Empujadas por el calor y la escasez de herbaje, subirían las manadas desde la Baja Extremadura a la Meseta septentrional y desde aquí hasta la Cordillera Cantábrica; cuando el frío empezara a sentirse en ésta y la nieve cubriera los pastos, desandarían el camino. Ahora bien, la manada salvaje, como después los rebaños domesticados, encuentran transversales a la marcha el obstáculo del Sistema Central y, antes y después, ríos de igual dirección paralela, caudalosos en primavera y otoño, que son los momentos del desplazamiento. Cruzarían aquella cordillera por los puertos, pues ni siquiera las aves emigrantes de gran porte como las cigüeñas lo hacen de otra manera, y los ríos, por los vados más frontales a ellos, pues incluso animales muy nadadores como los osos así lo hacen. Aquí, en el Tormes, también obstáculo transversal a la marcha, tenían el vado del Pradillo, frontal a los puertos occidentales de la cordillera. Como «se hace camino al andar», de puertos a vado y de vado a Cantábrica resultó un eje importante que después seguirían pastores y trajinantes. Más tarde se hizo calzada, y sobre el mismo eje, en unos parajes, inmediata en otros, se organizó la cañada. Frente al Pradillo y en el puente romano que sustituyó al paso natural del río confluyen todavía distintos cordeles o veredas. Cruzar el vado, así como remontar el puerto montañoso, es agotador para los animales, y antes, o traspuesto uno y otro, descansarían. Aquí, de este lado del río, encontraban como lugar propicio el «pradillo» que formaban

las riadas. Buen apostadero para los cazadores, primero, y buen emplazamiento, después, para efectuar el esquila y para que mercaderes y elaboradores de lanas y de pieles ejercieran su actividad laboral. También ellos, en la proximidad del vado, hicieron la ciudad.

Y para emplazarla nada mejor que el teso o plataforma de areniscas -cuarta condición natural- que el Tormes ha tajado y deja en resalte y con más posibilidad de defensa propia y de custodia y control del cruce fluvial. El río fue al sur foso natural para la amurallada ciudad. Al oeste y este lo fueron sendas ramblas o arroyos de aguas temporales que hasta aquél llegaban. En la pendiente de las calles que siguen sus antiguos cursos pueden todavía reconocerse las barrancadas que formaron: la de la Palma, al oeste, y la de San Pablo -hasta donde arribaba la que descendía a su vez por Palominos-, al este. Sobre el lado interior de todas ellas se levantaron la muralla romana y la medieval que la sustituyó.

LA CIUDAD MEDIEVAL

A la llamada del conde repoblador acudieron grupos de navarros -aquí llamados serranos-, castellanos, toreses, francos o ultrapirenaicos en general, portugueses, mozárabes, gallegos, judíos y moriscos, de todos los cuales han permanecido huellas en la onomástica y en la toponimia de la provincia³. En el núcleo inicial de la repoblación, coincidente con el romano, había que dejar un espacio abierto para mercado, lo que se hizo -el Azogue Viejo- donde ahora se halla la catedral nueva; había que levantar el alcázar -aproximadamente sobre el solar que ocupan las Facultades de Ciencias- y había que reservar solares para la residencia del obispo, para las 11 iglesias parroquiales, incluida la principal o de Santa María la Mayor, y para las sinagogas. En el núcleo, así, sólo cupieron serranos y francos. Los restantes grupos de repobladores se fueron asentando en torno, al otro lado de los barrancos del oeste y el este y, más aún, traspuesta la puerta del Sol -en la embocadura de Palominos-, hacia el norte.

La pujanza de la ciudad quedaba bien patente con este primer ensanche, cuatro veces y media más espacioso que el núcleo inicial y realizado inmediatamente después de haberse empezado en 1102 la reconstrucción y repoblación. Tan consolidado quedó en seguida que en 1147 se decidió levantar la muralla que lo encerrara. Se comunicaba con el viejo recinto por la Puerta del Sol, y con el contorno rural por las de Santo Tomás y Sancti Spiritus, al este; las de Toro y Zamora, al norte, y las de Villamayor, San Clemente y San Vicente, al oeste. En la fachada meridional sumaba las de San Lorenzo y San Pablo a las del Alcázar y el

3 LLORENTE, A.: *Toponimia e Historia*. Granada. Universidad, 1970.

Río que tenía la cerca anterior⁴. De una y otra muralla se conservan lienzos y torres en la fachada del río y algún vestigio de torres en la Cuesta de Carvajal y en la Calle del Tostado, pero todavía aparecen otros al reedificar: el año pasado quedó así al descubierto parte del lienzo septentrional de la segunda medieval al hacerse la excavación para el edificio construido entre la Ronda del Corpus, la Calle de los Condes de Crespo Rascón y la Avenida de Alemania.

El ensanche originó una inicial pero clara zonificación: el primer recinto, esto es, desde la Puerta del Río hasta la actual confluencia de la Rúa Mayor y la Calle de Palominos, se consideró la ciudad por antonomasia, donde se concentraban los más importantes servicios, como catedral y obispado, sinagoga vieja o mayor, alcázar y Azogue Viejo; el segundo recinto era el arrabal, sin más construcciones que viviendas y las indispensables iglesias. El recinto inicial adquirió más carácter de centro de servicios cuando en 1218 se transformó en Estudio General o Universidad la escuela catedralicia que ya existía desde 1130, creación y transformación reveladoras también de la vitalidad con la que renació la ciudad. La vieja Calzada de la Plata, que llegaba por el puente a la Puerta del Río y seguía por Libreros y aquella Rúa, actuaba de cordón umbilical entre la ciudad y el arrabal. Pero en este arrabal o segundo recinto quedaban lugares muy distantes del primero y pronto tuvo su propio mercado, que se estableció en un gran espacio abierto y central, la Plaza de San Martín. Es el comienzo de la tendencia al desplazamiento hacia el norte y de espaldas al río que ha seguido Salamanca hasta nuestros días. Primero se realiza en esa dirección el desarrollo poblacional; después, y atraído por él, se produce el de las funciones. El conjunto resultante fue una media elipse lanzada desde el escarpe del río hacia el norte.

Cada grupo repoblador levantó su iglesia y sus viviendas en corro, esto es, en torno a un «corral» o espacio abierto. Las calles partían de cada uno de éstos hacia las puertas de la muralla o hacia el recinto primero, pero más aún hacia la Plaza de San Martín en que se hacía el mercado. Vino a fomarse así una red viaria anárquica pero con cierta organización central polarizada en dicha Plaza. Tanto esta como las otras plazas o calles eran terreras y cuando se encharcaban o encenagaban quedaban los resaltes de arenisca como las auténticas «islas» a que aludía su nombre, ahora tan incomprendido como el de aquellos «corrales». Podemos definir ese conjunto urbano como ciudad conventual y también como ciudad jardín, en el sentido de poco compacta. Conventual porque las casas eran de planta baja y sobre todas ellas destacaban las 46 iglesias -once en el primer recinto, 25 en el segundo y diez en la ribera del Tormes- y sus torres. Una ciudad jardín porque huertos, cortinales de aramio, eras de pan trillar y corrales ganaderos

4 GONZALEZ GARCIA, M.: *Salamanca. La repoblación y la ciudad en la Baja Edad Media*. Salamanca. Centro de Estudios Salmantinos, 1973. (Es el estudio más completo que existe sobre la Salamanca medieval).



con sus boiles y tenadas se intercalaban por doquier entre las construcciones. Hornos de pan cocer, bodegas, paneras y pajares en ambos recintos, y las tenerías de la ribera, con su arrabal y el de allá del puente, completaban el conjunto. Sus moradores eran eclesiásticos, campesinos, serviciales de unos u otros, menestrales empleados en las tenerías y en otros distintos oficios, y comerciantes de los productos agrarios inmediatos. Las elaboraciones se destinaban a la misma ciudad en casi todos los casos, pero los servicios religiosos y de gobierno abarcaban hasta la Sierra e incluso la sobrepasaban, y más aún los universitarios.

POSTERIORES TRANSFORMACIONES SOCIALES Y ECONOMICAS

Con la repoblación medieval la propiedad agraria del entorno salmantino quedó totalmente repartida entre los labrantines locales, bien de manera privada, bien con carácter comunal. Después se fue concentrando en manos de señores y entidades eclesiásticas de la ciudad. Esta concentración perduró más o menos hasta mediados del siglo XIX en lo que respecta a las propiedades eclesiásticas pero prosiguió hasta nuestros días, en lo que respecta a la señorial, aunque debilitada por la mayor composición de las familias y las sucesivas herencias. En la ciudad produjo importantes transformaciones sociales y económicas y formó el eslabón de engarce y de sustento de la Salamanca actual.

A juzgar por las situaciones siguientes parece, en efecto, que en la repoblación medieval del campo provincial se siguió un modelo según el cual se alzaba cada casar o cada aldea sobre o junto a una ribera, y en torno se delimitaba el alfoz, explotado por los vecinos con sus ganados y cultivos. Entre los distintos alfoces o partes más alejadas de los núcleos de población quedaba un espacio montañés para el común aprovechamiento de leñas y herbaje por los lugares circunvecinos. En momentos de relativa presión demográfica parece también que se toleró o al menos no se impidió que los pegujaleros hicieran roturaciones y cultivo en ese espacio comunal. Una ocupación algo prolongada de él debilitaría la idea comunal y de ello se aprovecharon, arrojando incluso a sus ocupantes, quienes tenían más poder y osadía.

Es la suerte que corrieron Espinillo, La Moral, Marín y otros diversos lugares que pertenecían al Concejo de la ciudad. Entre los usurpadores en el siglo XV de estas y otras posesiones de los concejos provinciales figuran Paz, Maldonado, Solís, Anaya, Tejada y Enríquez, esposo éste de María la Brava y descendiente de Fernando III el Santo⁵. Al igual que los restantes, consiguieron señoríos o aumentaron los que tenían: Paz fue señor de 20 distintos lugares; Maldonado, de

⁵ Vid CABRILLANA, N.: «Salamanca en el siglo XV: nobles y campesinos». *Cuadernos de Historia*, 1969, núm. 3, págs. 255-296.



14; Solís y Anaya, de ocho; Tejada de seis; etc. Y lo que en principio fue sólo señorío jurisdiccional lo fueron transformando en propiedad territorial, creando con ello las bases de la gran propiedad agraria que ha caracterizado y caracteriza a la provincia. Las usurpaciones prosiguieron después, a pesar de las provisiones reales que se dictaron para cortarlas y restituir lo usurpado. Todavía a finales del siglo XVIII daba cuenta Larruga de una denuncia sobre los que «hicieron... terminos redondos adhesionados, á los que fueron lugares concegiles, y privaron..., á la causa pública de todas las aguas, usos y pastos que habian sido dotación de muchos pueblos, tanto en calidad de propios como de aprovechamientos comunes». Haciéndose cargo de las contribuciones, consiguieron conservar lo apropiado, tanto que, según transcribe el mismo autor, «en la latitud de siete leguas, y longitud de solas cinco, que tocan á los partidos de Baños y Peña del Rey..., reconocerá S.M. ciento y veinte y siete lugares, que todos eran concegiles, y... han quedado en solos trece, y que los ciento y catorce restantes se han asolado»⁶. Porque en muchos casos los usurpadores llegaron incluso a efectuar a su conveniencia trasvases de población y a despoblar los lugares apropiados.

Con sus mandas y legados enriquecieron a las instituciones religiosas de la ciudad o a éstas pasaron los antiguos bienes concejiles cuando alguno de los herederos profesó en ellas. Es lo que sucedió, por ejemplo, con la famosa finca de la Flecha. En el siglo XVI la poseía una Monroy, quien, sin aparente motivación legal, tomó tierras inmediatas y las incorporó a su posesión. Heredó ésta un hijo suyo que se hizo agustino y la donó a la comunidad poco antes de que la conociera y cantara Fray Luis de León. Así, a mediados del siglo XVIII un miembro de la nobleza o de la alta burguesía era el mayor y en muchos casos único hacendado en más de la mitad de los casi mil lugares que, poblados o no, existían en la actual provincia salmantina; en otra tercera parte lo era una institución, en casi todos los casos de carácter eclesiástico, y sólo en el 13 por ciento, el Concejo del lugar o un aldeano. El cabildo, los niños de coro o el obispo directamente eran propietarios mayores en 53 distintos lugares; la duquesa de Almarza, en 40; la de Castellar, en 24; etc. Sólo por este concepto la duquesa de Almarza poseía más de 25.000 ha. de tierra, y el obispado o su cabildo, 17.400. En Castro Enríquez, por ejemplo, el conde de Ablitas, mayor hacendado, reunía 2.012 ha.; en San Muñoz, la duquesa de Uceda, 3.574; en Arauzo, la marquesa de Almarza, 1.100, y así sucesivamente⁷. Estos y los restantes mayores hacendados tenían a su vez otras menores propiedades: Continos, por ejemplo, se lo repartían el convento de la Merced y, en menor cuantía, el señor de Tamames. Y de la Iglesia eran, entre otras propiedades urbanas que también había conseguido juntar, el 84 por ciento de los hornos de pan, las tres cuartas partes de las tenerías, el 60 por ciento de los

6 LARRUGA, E.: *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio, fábricas y minas de España*. Madrid, 1975, T. XXXV, págs. 226-230.

7 Relación del Mayor Acendado. Arch. Nac. de Simancas. Catastro, Libs. 536, 10 y 155.

mesones y tres de los cuatro pozos de nieve que existían en la ciudad, además de las tres aceñas que, dentro del alfoz, montaban sobre el río ⁸.

La riqueza que entrañaban unas y otras posesiones era tal que había mandas o legados ahora inconcebibles: el cuarto señor de Monroy había dado en el siglo XIV ejemplo de ello al testar que se encargaran en su sufragio nada menos que 20.000 misas; y en el XVI uno de los que siguieron esa tónica, el arcediano García Rodríguez, asumió todo el gasto originado por los asistentes al segundo capítulo de la orden franciscana «dándoles trigo, carne, frutas, miel, queso y aceite, producto todo de sus haciendas, y cuando se marcharon regaló el opulento arcediano á cada uno, un sombrero, unas sandalias y un estuche de cuchillos», y fueron más de 3.000 los asistentes ⁹.

También la Universidad como entidad eclesiástica que era, se fue enriqueciendo. En el siglo XVI, debido a ello y al prestigio adquirido, logró reunir 7.863 estudiantes, cantidad enorme en relación con el censo de población que tenía entonces la ciudad. Contaba con no pocos privilegios concedidos por pontífices y monarcas y con propiedades rurales y urbanas importantes. A mediados del siglo XVIII era también principal y en algún caso única hacendada de diversos términos rurales y a finales del mismo siglo disponía de 68 plazas de profesorado ¹⁰. Y la ciudad, más consciente que ahora de la riqueza que proporcionaba al vecindario, no se quedaba atrás en otorgarle favores.

Los señores que más se enriquecieron con las usurpaciones o sus descendientes fueron consiguiendo títulos nobiliarios. Preferían la propiedad agraria pero, en cambio, la vida urbana, y aquí levantaron sus palacios. A mediados del siglo XVIII eran principales propietarios en 324 lugares de la actual provincia 53 nobles, ya casi todos vecinos de la corte. Los de ascendencia salmantina emigraron a ella dejando en sus palacios de acá a sus administradores. Esta concentración de riqueza en sus manos, la de otros miembros de la alta burguesía y la de los principales titulares de las instituciones eclesiásticas fue acompañada de profunda crisis poblacional y económica que los salmantinos consiguieron superar a mediados del siglo XVIII, pero en la que volvieron a caer hasta bien traspuesta la mitad del XIX.

8 Arch. Híst. Prov. Salamanca. Catastro de Ensenada, Libs. 2.035 y sigs.

9 VILLAR Y MACIAS, M.: *Historia de Salamanca*. Salamanca, Graficesa, 1973-75, Lib. III, pág. 120, y Lib. V, págs. 79-81.

10 RODRIGUEZ, M. y VEGA, M.: *Guía de Salamanca para el año 1797*. Salamanca. S. a., págs. 114-123.



Cuerpo principal de la galería de captación y depósito subterráneos de agua, en la Universidad Pontificia

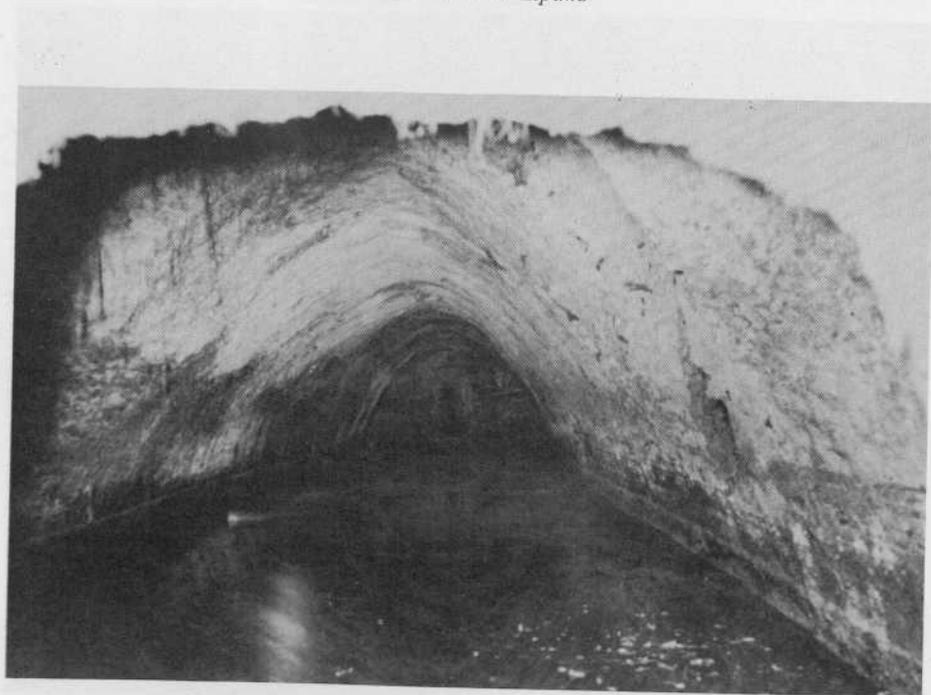


Cuerpo secundario de la galería y depósito subterráneos de agua en la Universidad Pontificia





Viaje de agua o esgueva que discurre debajo de los edificios de la acera derecha de la Gran Vía o Calle de España



Depósito subterráneo de agua en el Carmen de Abajo



Con los datos concretos demográficos publicados por el profesor Fernández Alvarez para finales del XVI ¹¹, los menos sólidos de Villar y Macías para el XVIII ¹², los algo anteriores de Ensenada, y los de Madoz para un siglo después del Catastro, podemos ver que los efectivos de población decrecieron desde aquel primer momento; aunque a mediados del XVIII se consiguió superar la crisis, volvieron a disminuir hasta los años 40 del siglo XIX. A finales del XVI había 4.316 vecinos y 967 religiosos, el censo universitario se componía de 550 personas y en la parroquia de Santo Tomás el conjunto de cristianos y moriscos daba una media familiar de 3,23 miembros. Si aplicamos esta media a aquel vecindario y sumamos a ello los religiosos y los universitarios -casi todos estudiantes y es de suponer que sin familiares a su cargo- resulta un total aproximado de 15.500 habitantes. Siglo y medio después eran 17.000. Es lo que se deduce al contar en las relaciones del Catastro de Ensenada todos los miembros de cada familia de eclesiástico, aplicar un muestreo del 22 por ciento en cuanto a las de los seglares, deducir así la media familiar, que era de 3,7, y sumar al resultado los moradores de los conventos. En seguida se rectificó esa tendencia creciente, pues en 1769 había sólo 15.319, y prosiguió el descenso, ya que para la década de los 40 del siglo siguiente señala Madoz 13.786.

Con la buena situación demográfica del XVIII coincidió otra económica. Se deduce con el cotejo de las cifras de menestrales que había a finales del XVI (Fernández Alvarez) o principios del XVII (Villar y Macías) con las que proporciona el Catastro de Ensenada para mediados de aquel otro siglo posterior: los carpinteros pasaron de 33 a 52 y 91; los sastres, de 87 a 120 y 180, y los plateros, de 22 a 24 y 39. Los zapateros eran en la primera fecha 84, y 204 en la última; los tejedores, respectivamente, 16 y 92, y los sombrereros, 12 y 21. Todas estas cifras hay que aceptarlas con muchas reservas porque unas veces incluyen y otras no a los oficiales y porque había no pocos que tenían una segunda ocupación. De todas formas sabemos que al iniciarse la segunda mitad del XVIII las diez tenerías y los 35 corrales con sus respectivas noquetas y pelambreras proporcionaban ocupación a 38 tratantes de ribera, y su baqueta, según Larruga, era preferida en Madrid para la guarnición de los coches y se exportaba a América. La riqueza de la alta burguesía explica que hubiera 40 plateros, más 23 oficiales y 27 aprendices, cuatro batidores de oro, el dedicado a efectuar el contraste de oro y plata y 54 mozos de librea. Y la de la Iglesia, no sólo la fuerte práctica religiosa, explica que existieran engarzadores de rosarios, altareros y, en la catedral, además de los

11 FERNANDEZ ALVAREZ, M.: *La Sociedad Española del Renacimiento*. Madrid. Cátedra, 1974, págs. 70-71; ID. ID.: «La demografía de Salamanca en el siglo XVI a través de los fondos parroquiales». *Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas*. III, Santiago de Compostela, 1975, págs. 281-296.

12 VILLAR Y MACIAS, M.: loc. cit., Lib. VIII, págs. 59-60.

consabidos campanero, cerero y otros serviciales, había un alguacil del silencio para hacerlo guardar y un caniculario cuya única misión era echar del templo a los perros que entraran en él; en total diez seglares.

La ciudad se consolidó entonces como centro de servicios. Sorprende así que en 1757 hubiera en ella nada menos que 24 procuradores de causas y 63 notarios, aunque no hay que entenderlos en el sentido actual, y también 71 oficiales de pluma. Sobre unos y otros servicios destacaban los religiosos. Madrid contaba entonces con 20 veces más habitantes que Salamanca, pero ésta tenía tres veces más parroquias (Larruga, Lib. XXXV). Aunque en menor número que las medievales reunían a mediados del XVIII hasta 831 clérigos, sin contar con los posibles que hubiera entonces entre las 31 personas que por sí sola juntaba la dignidad episcopal. Si sumamos a aquéllos los religiosos y legos de los conventos y colegios resulta un total de 3.200, es decir, casi el 19 por ciento de la población de la ciudad.

La Universidad aportaba otra nota también muy peculiar: la de las actividades que generaba. Sin ella no se explican los 30 impresores y 43 libreros de principios del XVII (Villar y Macías, Lib. VII). Tampoco las «repúblicas» y hospedajes de estudiantes y profesores. A finales del XVI una de esas «repúblicas» reunía hasta diez componentes (Fernández Alvarez), y a mediados del XVIII había 78 personas que se dedicaban a dar albergue en su casa a profesores y alumnos de la Universidad, quienes, además, disponían para su hospedaje de 16 mesones, ocho mesoncillos y un número muy superior de posadas.

LAS MANIFESTACIONES FORMALES

La ciudad continuaba limitada al recinto amurallado y a los arrabales del puente. En ese recinto se agudizó el carácter conventual heredado de la Edad Media. En el siglo XVI se consideraba ya pequeña la catedral románica y se empezó a construir la nueva. Al empezar la segunda mitad del XVIII se sumaban a ambos destacados edificios -en ellos una parroquia- los que albergaban los 24 conventos de frailes, los 18 de monjas y las 28 restantes iglesias parroquiales, aunque varias de éstas y algunos conventos se hallaban extramuros. Un total, pues, de 72 edificios que, en efecto, daban al conjunto un carácter eminentemente conventual. También, claro es, monumental, más si tenemos en cuenta que en la construcción de ellos se volcaron Iglesia y nobleza, y que todas o casi todas las comunidades propietarias disponían de cuantiosos diezmos, censos y rentas.

También la Universidad contribuyó a esa monumentalidad aumentando sus edificios según crecía en importancia intrínseca. En el momento de su creación medieval le bastó el claustro catedralicio. En el siglo XIII dispuso ya de edificios propios que resultaron insuficientes y fueron sustituidos por el actual a partir de 1415, y a él se agregaron después nuevas dependencias. También por entonces se

montó el hospital del estudio, sustituido más tarde por el que ahora sirve de rectorado. En 1533 se terminó la construcción de las Escuelas Menores, y a todo ello se fueron sumando los edificios que albergaban a los 23 colegios de becas, de los que han quedado como muestras representativas el del Arzobispo o Irlandeses, Carvajal y San Bartolomé o Anaya.

A esta monumentalidad de tipo directa o indirectamente religioso vino a unirse pronto otra civil. Porque quienes se habían enriquecido con la ocupación de los baldíos y tierras comunales preferían las rentas agrarias pero gozándolas en la ciudad y, antes de emigrar a la corte, levantaron en Salamanca mansiones a tono con la riqueza y la jerarquía social adquiridas. No todas se conservan. Bastará recordar algunas de las existentes, como por ejemplo, la de las Conchas, la de las Muertes, la torre del Aire, Monterrey, Abarca Maldonado, Garci Grande, Orellana, Castellanos, Almarza y Montellano, para tener una idea de la monumentalidad que alcanzó con ellas la ciudad.

El mismo Concejo contribuyó a acrecentar esa monumentalidad con la construcción en el siglo XVIII de la Plaza Mayor, que se hizo tomando para ello parte de lo que ocupaba la anterior de San Martín y dando al encuadramiento constructivo tanta altura como la de las residencias señoriales.

Esa nueva construcción vino a ser, y así se denominó, la «Plaza» por antonomasia; las demás se quedaron con el nombre de plazuelas, corrales o corrillos. Se hizo para proteger con sus soportales a los vendedores, pero también sustituyó a la anterior de San Martín en fiestas de toros, procesiones y demás actos de gran público. Por esto y por su situación consolidó la organización central de la ciudad. De ella partían las vías que, de forma más o menos directa, abocaban en las puertas de la muralla. En seguida adquirió la categoría de centro urbano, no sólo por su situación sino también por su funcionalidad, aunque después se suprimió el comercio en los soportales para situarlo en lo que restaba, más a oriente, de la Plaza de San Martín, esto es, la actual del Mercado. Plaza Mayor y Plaza de la Verdura o del Mercado tiraron más de la ciudad hacia el norte, y esto a pesar de que en el primer recinto medieval quedaban las catedrales, el obispado y la Universidad. En la nueva organización estos servicios que se consideraban de superior categoría prefirieron mantenerse en el núcleo más antiguo; el mercado y las casas consistoriales, en cambio, pasaron al centro de todo el conjunto urbano, y en torno a éste se fueron estableciendo los demás servicios y las residencias.

A mediados del siglo XVIII los distintos oficios no se agrupaban ya por gremios e incluso se repartían sin ninguna relación con la calle que conservaba el recuerdo de ellos. Así, por ejemplo, en la de Canteros, de la parroquia de Sancti Spiritus, vivía un solo menestral dedicado a la cantería, y en las demás casas, en cambio, lo hacían un medidor de granos, un mozo de camino, un albañil, un teje-

dor, un notario, un vendedor de fruta, un alquilador de mulas, un sastre, un carpintero, un acarreador de nieve, dos viudas sin oficio y tres jornaleros.

Frente a lo que pudiera hacer pensar esta coexistencia en la misma calle de vecinos de tan variada actividad, la ciudad había ido cristalizando las distintas categorías socioeconómicas y perdía calidad de vida desde el centro hacia las rondas y los arrabales de extramuros. La que era marquesa de Cerralbo y de Almarza levantó su palacio en la Plaza de San Boal; los señores de Tamames, de quienes deriva el ducado de igual denominación, en Palominos; los Rodríguez del Manzano y los Monroy, en Espoz y Mina; los Sotomayor, en el palacio que en la calle de Consuelo incluía la Torre del Clavero; los de Barbalos, en la Casa de las Conchas; los marqueses de Flores Dávila y los Abarca, en la Plaza de Fray Luis de León; los señores de Fermoselle, en el palacio que se llamó de las Cuatro Torres -de las que queda la del Aire-, en la Plaza de Santa Eulalia; los vizcondes de Garcí Grande y los Rodríguez y Solís en la Plaza de los Bandos... Es decir, las familias de mayor prosapia vivían en calles poco alejadas de la Plaza Mayor, esto es, en la parte de la ciudad que se consideraba más señorial. Y no en la misma Plaza porque se construyeron sus edificios con una estructura y organización que no permitía las múltiples dependencias que necesitaban los que eran dueños de lugares rurales y perceptores de grano en concepto de rentas o tributos.

El descenso de calidad urbana hacia los bordes se aprecia bien con la renta que satisfacían las casas del centro y las de la periferia: en la Plaza Mayor, las más altas pagaban hasta 2.000 reales al año, y la media de las 28 no bajaba de mil; las 18 de la jurisdicción de San Julián que en Pozo Amarillo estaban en renta satisfacían 269 reales; en la Ronda del Corpus, en cambio, la media descendía a 139, y en el Corral de San Marcos, a 93. (El doctor en Derecho que más se cotizaba percibía al año 4.400 reales; un arquitecto o maestro de obras, 3.655; el corredor, 2.200; los criados mayores de nobles y comunidades, 1.371; los maestros de primeras letras, 1.192; algo menos, los oficiales de pluma, y entre tres y ocho reales diarios, los maestros de oficios. Con un real se podía adquirir un pollo; con cuatro reales, 16 litros de mosto; con cinco, un cordero; con siete, un cerdo de cría o 32 Kg. de cebada; con 150, un potro, y con 500, una mula lechuza).

Casi todas las casas eran de nobles y, más aún, de instituciones religiosas, beneficiados o memorias pías. Las más caras de la Plaza Mayor servían de taller, comercio y vivienda para los joyeros. Las exteriores a la Plaza, salvo las palaciegas, eran de planta baja o a lo sumo asobradadas y en ellas vivían los clérigos, o vivían, trabajaban y comerciaban los menestrales. Sobre el conjunto y fuera de la Plaza Mayor destacaban los edificios religiosos y nobiliarios. Se había reforzado el carácter conventual y monumental y se mantenía el de ciudad jardín o poco compacta. En el siglo XVIII quedaban todavía corrales hasta en la Calle del Prior, es decir, en el mismo corazón de la ciudad, y cortinas labradas en el Corri- llo y hasta en la Calle del Sol.

Debido sobre todo a la riqueza que se concentraba en la alta burguesía y en la Iglesia y a la mucha población de los monasterios, aumentaron también, claro es, las necesidades. Puede verse con las resoluciones adoptadas para el abastecimiento de agua. Había pozos en huertos y corrales, y en el siglo XVIII se citan hasta a las puertas de las casas. Uno de ellos existe todavía, y con agua, a la puerta de la Hospedería de San Bartolomé, ahora de las Facultades de Letras. Resultaron insuficientes y se hicieron captaciones en las alturas que rodeaban a la ciudad y, desde ellas, esguebas o viajes de agua que atravesaban el núcleo. Un viaje bajaba por la actual Avenida de Filiberto Villalobos. Parece que comunica con él un gran pozo que apareció y existe todavía, con la boca tapada, en el jardín de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos. Un segundo viaje descendía por la Avenida de Villamayor, tenía depósito o arca de agua en donde se halla el hospital de la Santísima Trinidad y abastecía a la fuente de la Plaza de este nombre. El tercero discurría por la Calle de Mateo Hernández y, a continuación, por la de los Condes de Crespo Rascón hasta ir a verter por detrás del palacio de Monterrey en el arroyo de los Milagros. El cuarto llegaba al arca o depósito de la Puerta de Zamora y descendía por la calle de igual nombre. El quinto recibía agua del comienzo del barrio de Garrido y arribaba a una estupenda obra de ingeniería formada por varios pozos de base cuadrada comunicados entre sí que aparecieron al realizarse la explanación para la casa que hay en la Avenida de la Estación enfrente de la Calle de Padre Cámara. En su extremo sur se apreciaba la huella de la noria que servía para elevar el agua al cauce en el que se iniciaba el viaje que discurría debajo de los edificios ahora existentes en la acera derecha de la Gran Vía o Calle de España. Recibía aportes procedentes del teso de San Cristóbal y terminaba formando el arroyo de Santo Domingo. Se recubrió después con bóveda de sillares de arenisca y en la esquina de la Calle de San Justo, donde lo visitamos hace varios años, tiene una anchura superior a la de dos vehículos normales, y sobre el suelo hay por lo menos un metro de tarquín.

Al encontrarse ahora los constructores con estos viajes los han cortado y cegado, y es la causa de que al explanar aparezcan tantas surgencias de agua. Las hubo abundantes al proceder a la cimentación de los edificios de la izquierda de la Gran Vía en que se halla Turismo y donde estuvo el Colegio Mayor Hernán Cortés. Más recientes son las que hemos conocido al preparar el terreno para el edificio de aulas de las Facultades de Letras y, después, para la Biblioteca. Con el desconocimiento y la destrucción de tales viajes ha perdido la ciudad la posibilidad de una estupenda red de galerías de servicios. Las de la Gran Vía se hicieron precisamente a escasos metros y con igual recorrido de uno de esos viajes.

¿De cuando datan tales viajes? Creo que al menos, son de dos momentos distintos. Hace ya unos cuantos años ví en el Archivo Histórico Provincial un documento del que no conservo o no he encontrado ahora referencia pero del que sí recuerdo que en él se manifestaba que los viajes nuevos estaban muy cegados, y

se recomendaba traer a un fontanero de Madrid para que reconociera los viejos y viera si, convenientemente mondados, podían volver a prestar servicio. No es extraño que se reclamara un fontanero de la capital porque allí la red de viajes, de tiempos de Felipe II, era muy extensa, famosa y perfectamente conocida ¹³.

A diferencia de la red madrileña, la de aquí no disponía de arcas y fuentes en las casas señoriales. Lo que sí tenían éstas en el centro de sus patios eran pozos con aberturas en la parte baja del brocal por las que recogían el agua de lluvia que vertieran gárgolas y canalones. Y es que los aguadores, por muchos que hubiera, poca garantía de servicio continuo podían ofrecer cuando esos viajes se llenaran de tarquín y se cortara el curso del Tormes, cosa tan frecuente como la de sus avenidas debido a la gran irregularidad de su régimen natural.

A las comunidades no les bastaban pozos y aguadores; tampoco se conformaron con el agua de los viajes que, corriendo a cielo abierto, no siempre y en todos los puntos, sería muy potable, y decidieron construir sus propios depósitos y galerías. Uno de esos depósitos, que se llenaba con filtración directa de las areniscas en que monta la ciudad, existe todavía y con agua abundante debajo del jardín que hay entre el Palacio de Anaya y la Biblioteca de las Facultades de Letras, y tan bien construido está que no le han afectado hasta ahora las raíces de los árboles plantados encima o casi encima. También se conservan algunas galerías o se han conservado hasta hace pocos años. Pudimos reconocer bien la que hubo bajo el convento que existió entre la Calle de Rodríguez Fabrés y la Plaza de Gabriel y Galán. Arrancaba de la esquina norte que formaban esa calle y la de Sánchez Llevot y terminaba en el costado suroccidental de dicha plaza.

Más importante era la del Carmen de Abajo. Se iniciaba debajo de la acera opuesta al edificio del Instituto de Ciencias de la Educación y terminaba en el mismo Paseo de Canalejas enfrente del Centro de Edafología. Cuando la visitamos tenía agua abundante y parecía así una larga y estrecha piscina subterránea, bien revestida y ahondada junto a las paredes para conseguir mayor filtración. Encima montaba otra que parecía desagüe de la de San Esteban.

La más espectacular y todavía perfectamente conservada es la que se halla debajo de la Universidad Pontificia. Se accedía a ella por un túnel excavado en el piso de una de las aulas. El cuerpo principal está revestido por completo, tiene en uno de sus extremos un manantial y en el otro el pozo por el que se elevaba el agua, y es de tales dimensiones este cuerpo que, al penetrar en él, uno tiene la sensación de haberlo hecho en un túnel ferroviario. El potencial económico de las órdenes religiosas hacía posibles estas gigantescas obras.

13 AZNAR DE POLANCO, J.C.: *Arithmetica inferior, y geometría práctica, y especulativa: origen de los nacimientos de las Aguas dulces, y gordas de esta Coronada Villa de Madrid*. Madrid. Impr. Francisco Martínez Abad, 1727.

Mucho se preocuparon Concejo, comunidades y particulares pudientes para que no faltara agua. No ocurría igual en otros aspectos urbanos. Calles y plazas se mantenían terreras como en la Edad Media¹⁴ y en las últimas, sobre todo, sobresalían por doquier los resaltes de arenisca en los que se habían excavado «covachuelas» con puestos de venta. Había «covachuelas» en el ángulo noroeste de la Plaza del Mercado, frente a los llamados Portales del Pan de Los Villares porque en ellos se vendía, y en la Plaza de la Yerba, donde empieza la Rúa Mayor y donde todavía la toponimia actual recuerda la «isla» o pequeña colina de arenisca que allí existía y en la que se excavaron las «covachuelas».

LA ULTERIOR EVOLUCION DEMOGRAFICA

En los primeros decenios de la segunda mitad del siglo XIX la población salmantina estaba sometida a los mismos vaivenes que caracterizaron al período anterior. En el de 1861-70 la tasa de natalidad era muy elevada, del 39,3 por mil, pero la de mortalidad lo era más, auténticamente catastrófica: 41,3 por mil, esto es, más de 41 decesos al año por cada millar de habitantes. En consecuencia, el crecimiento vegetativo resultó negativo al final del decenio ya que, de los 15.906 habitantes del comienzo de él, se pasó a 15.453¹⁵.

Hay que señalar, sin embargo, que este descenso de población no era el que correspondía a aquel saldo negativo de nacimientos y defunciones. Y es que la ciudad recibía inmigrantes, concretamente 161 en todo el decenio. Era una inmigración tímida, con seguridad no muy diferente de la que habría en épocas anteriores y desde luego justificada por iguales motivaciones locales, es decir, en función de los conventos que, a pesar de la reducción desamortizadora, continuaban acogiendo profesos de origen rural, y en razón también de la inclusa que, como única en la zona, servía a un gran radio del territorio provincial.

Pero esta tímida inmigración marca el ejemplo que ha seguido después buena parte de la población campesina de la provincia. Y ya no porque el internado de los conventos o la sopa boba repartida a su puerta fuera un seguro más o menos sólido de supervivencia; más bien porque la ciudad, también con saldos de población vegetativos en sí misma de signo positivo, fue abriendo nuevos horizontes de trabajo de los que los pueblos carecían. Así, al terminar el siglo XIX

14 La primera disposición sobre empedrado de calles que se conoce, pero que sólo afectó a una mínima parte de la Plaza de San Martín, es del Príncipe Don Juan. Vid. GONZALEZ GARCIA, M.: loc. cit., pág. 53.

15 Del Bol. Eclesiástico del Obispado de Salamanca, 1887. Cit. por RIESCO TERRERO, A.: *Evolución histórica de las parroquias de Salamanca*. Salamanca, 1966, págs. 56-57.

alcanzaba los 25.690 habitantes, cifra que elevaba a casi 169 el índice cien del primer censo oficial realizado 43 años antes.

Desde finales de siglo y gracias a la creación inmediatamente anterior del Registro Civil se pueden conocer con más precisión las tasas de natalidad y mortalidad de la provincia y aplicar sus diferencias a las cifras censales para calcular el saldo migratorio experimentado. Así se ve que en todos los períodos intercensales y con la única excepción del de 1931-40, que comprende la guerra civil, el conjunto provincial ha sufrido una emigración que al terminar el séptimo decenio montaba ya a 234.129 personas ¹⁶.

Dentro de esa sangría emigratoria continua que afecta en general a la provincia, la capital ha sido una excepción: no sólo se ve libre de pérdidas de población por ella sino que incluso acoge a gran parte de la que afecta al conjunto provincial. Así, tiene un crecimiento real superior al que corresponde al saldo que arrojan nacimientos y defunciones, es decir, superior al crecimiento natural. Tanto que, de los habitantes censados aquí en 1975, más de la tercera parte, el 36,8 por ciento en concreto, habían nacido en otros municipios de la provincia, a los que hay que sumar los nacidos en otras, que son el 18,6 por ciento. En consecuencia, de los 25.019 del año 1900 se pasa a 43.953 treinta años después y a 87.338 en 1960, se rebasan los 100.000 en medio del decenio inmediato posterior y, ya con el municipio de Tejares anexionado, se alcanzan los 167.131 en 1981. Si en el período intercensal de 1910-20 se limitó el crecimiento al 8,6 por ciento, fue en cambio del 53,5 por ciento en el que comprende los años de la guerra civil. Con todo ello, el índice cien de la población de hecho registrada a finales del siglo pasado se ha ido elevando a 182,4 en 1930, casi 280 en la primera fecha censal de postguerra, 312 en la mitad del siglo, 352,3 diez años después, 487,4 en 1970 y 668, finalmente, en el momento actual.

Este incremento es muy superior al medio que ha tenido en igual tiempo el conjunto de las capitales españolas, cuyo índice cien de finales de siglo se eleva en 1975 a 380. Y esto a pesar de que varias de ellas y sobre todo la que más pesa en el conjunto, que es la madrileña, han anexionado los que eran municipios inmediatos y ya populosos, mientras en nuestro caso sólo se ha producido la lógica integración de Tejares que, con sus distintos anejos -Chamberí, Montalvo, La Salud, etc.-, aportó menos de 3.800 habitantes.

El hecho de acoger a parte de los emigrantes provincianos e incluso a los de otras procedencias o, al menos, de actuar como etapa intermedia en el camino de una emigración de mayor radio ha originado así que Salamanca tenga un peso demográfico cada vez más marcado dentro de la provincia: al terminar el siglo

¹⁶ Vid GARCIA ZARZA, E.: *Salamanca. Evolución, estructura, forma de poblamiento y otros aspectos demográficos (1900/1970)*. Salamanca. Universidad, 1976.

pasado reunía nada más el ocho por ciento de la población provincial, y la proporción ha ido subiendo a cerca de 20 a mediados de siglo y seguramente a 50 en 1981.

El incremento de población lleva consigo, claro es, el de necesidades. Para atender las de agua se realizó al fin en 1874 la captación de la del Tormes que, mejorada en 1886, daba un caudal de 2.400 metros cúbicos por día¹⁷. Ha ido también incrementándose, y ahora, con el de la toma de Santa Marta, es de 51.840, con lo que la dotación de 39 litros por habitante y día de entonces ha pasado a ser de casi 400. Y en cuanto a otros aspectos urbanos bastará indicar que, de las 314 calles o plazas que a principios del siglo actual, registraba el callejero, solamente había cinco -Mayor, Toro, Zamora, Prior y San Pablo- que no fueran todavía terreras o enchinarradas, circunstancia que ahora no se da en ninguna de las centrales, aunque sí todavía en muchas periféricas.

INCREMENTO Y DIVERSIDAD DE ACTIVIDADES

Si Salamanca actúa de polo de atracción para la población de la provincia e incluso para alguna de otras no se debe ya a concentración aquí de comunidades religiosas. Aquella cifra de 3.200 personas que a mediados del siglo XVIII componían el clero parroquial y los internados en conventos y colegios fue reduciéndose. Volvió a aumentar en los dos primeros decenios de la segunda mitad del siglo actual, en relación entonces sobre todo con la restaurada Universidad Pontificia, pero disminuyó después de nuevo, de tal manera que traspuesta la mitad de la década de los 60 sólo eran 117 los sacerdotes diocesanos aquí existentes. De igual manera, los religiosos de las distintas órdenes, congregaciones e institutos no pasaban ya del medio millar (Riesco Terrero). A la vez, se ha reducido de manera considerable la población interna de los conventos de religiosas y más aún la de los seminarios. Hace escasos decenios eran nota característica de las calles salmantinas las filas de seminaristas luciendo en su paseo sotanas y becas. Han cambiado normas y costumbres y los pocos de ahora pasan desapercibidos como otros alumnos más de los centros ordinarios de enseñanza, y los mayores viven formando «repúblicas» en pisos, como muchos de sus colegas de la Universidad.

Si esta actividad y característica de la ciudad de otros tiempos se ha reducido, se han acentuado por el contrario las demás que justificaron creación y permanencia y dieron al núcleo también tónica urbana. Entre ellas, la estudiantil no propiamente eclesiástica. La Universidad estatal incrementa su alumnado de ma-

17 MUÑOZ-OREA POLLO, M.: *Datos para la Geografía Médica de Salamanca*. Granadilla, 1911, págs. 30 y 55.

nera continua. La matrícula del curso 1940-41 era nada más de 1.840 alumnos, y la cifra pasó a 3.672 diez años después y a 6.479 en 1970-71. Por entonces o a partir de entonces los tradicionales estudios se desdoblaron o generaron otros nuevos —Filología Moderna, Ciencias Geológicas, Ciencias Biológicas, Ciencias Matemáticas, Farmacia, Filosofía y Ciencias de la Educación, Geografía e Historia— y se dió categoría universitaria a otros convirtiéndolos en Escuelas. Así, y a pesar de haberse desgajado Cáceres del Distrito y haberse creado Colegios Universitarios y Escuelas en Zamora y Avila, la matrícula de las Facultades alcanzó en 1978-79 un total de 11.204 alumnos. Si sumamos a ellos los de las Escuelas, los del Instituto de Idiomas y los de los Cursos especiales y de extranjeros —con estudiantes de 40 distintos países— resulta un total de 15.780 alumnos.

En 1940 se restableció la Universidad Pontificia. También desde entonces ha ido ampliando sus enseñanzas, con lo que además de las Facultades de Teología, Derecho Canónico, Filosofía, Pedagogía, Trilingüe, Psicología y Ciencias Políticas, cuenta con Instituto de Orientación Familiar, Escuelas de Logopedia, de Psicólogos del Lenguaje y varios Centros integrados, y reúne en total —en el curso 1980-81— 2.489 estudiantes.

El alumnado conjunto de las dos Universidades equivale, pues, al once por ciento de la población censada en la ciudad. Pero también impulsa con su sola presencia la de otros Centros y estudios no propiamente universitarios, como los de Turismo, Enfermería, Música, Artes y Oficios, Idiomas, etc. El mismo Conservatorio de Música ha cuadruplicado su matrícula a raíz de haberse convertido en oficial en 1979, necesaria conversión en la que ha influido el carácter universitario de la ciudad. Y a los dos tradicionales Institutos de Bachillerato, para los que hasta hace unos años bastaba el viejo caserón que albergó en otros tiempos al Trilingüe, se han unido recientemente los de los barrios de San José, Garrido y el Rollo. Cuando ya la provincia no se limita a los de Ciudad Rodrigo y Béjar y cuando al mismo Bachillerato se le han amputado varios de los que eran cursos iniciales. Aún dando validez a las cifras de estudiantes que señalan las fuentes literarias para la Universidad en sus momentos de más esplendor no puede decirse que las de ahora desentonen de aquéllas. Y, con ello, las que se refieren a su paralelo subsector económico: en el curso 1876-77, y según la correspondiente Memoria de la Universidad, las cuatro Facultades de ésta reunían nada más 40 catedráticos y ocho auxiliares; en el de 1948-49, eran 38 catedráticos y 84 adjuntos, auxiliares o ayudantes; treinta años después el número de Facultades se había elevado a nueve, y éstas contaban con 169 Cátedras o Agregaciones, 216 Adjuntías y 531 Ayudantías o Encargos de Curso, es decir, más de 900 plazas.

La personalidad de una ciudad, como la de cualquier ser humano, es un mosaico de numerosas piezas, pero algunas son más significativas. Esto pasa en Salamanca. Muchas ciudades importantes cuentan con estudiantes y, ahora, la mayor parte, con estudiantes universitarios. En ninguna, sin embargo, y con la úni-

ca excepción quizá de Santiago de Compostela, suman el 11 por ciento de la población. Esta circunstancia, como antaño, da vitalidad especial a editoriales, librerías, alojamientos y lugares de ocio, pero, además, aporta otra faceta muy particular. Paseantes por la Plaza Mayor a mediodía o en las altas horas de la noche, sentados en las escalerillas del Corriño o de la Gran Vía, rompiendo con canciones y guitarras el silencio de los jardines de Anaya, los estudiantes hacen de Salamanca la auténtica ciudad alegre y confiada. Gracias a esa nota característica sorprende a todo el que la visita y recorre -más si el recorrido es nocturno- y, como en época de Cervantes, «enhechiza la voluntad de volver a ella». Si la nota no pasa desapercibida para cualquier visitante, menos ha de pasar para quien, como el geógrafo, tiene la misión de captar los rasgos más sobresalientes de la personalidad de la ciudad.

Otro servicio se ha desarrollado de manera acusada: el mercantil. La feria de septiembre, que se concedió en 1467, continúa y, con menor importancia, el mercado de los jueves, también de remota creación. El desarrollo no se basa sustancialmente en una y otro, sino en los comercios fijos que se han ido montando. En 1891 y según la correspondiente Matrícula de Contribución, había aquí 352 establecimientos comerciales. No eran pocos para la población y la situación económica de entonces. Y, sobre todo, hay que señalar que, aunque dominaban abacerías y tabernas, ese comercio estaba mostrando un alto grado de especialización ya que, junto a esos, existían también establecimientos exclusivamente dedicados, por ejemplo a la venta de alfombras, a la de monturas, a la de relojes que sólo eran de oro, etc.¹⁸. Todo esto quiere decir que tal comercio no se limitaba a servir a la población de la ciudad sino que atendía también las necesidades de la campesina circundante. Nueve años después no había aumentado el número de establecimientos pero sí la especialización pues existían siete de venta de ganado porcino, tres de ovino y dos de bovino.

El incremento de la población, el superior nivel de vida de la misma y de la provincial y la mayor facilidad de comunicación están originando en los últimos tiempos un gran estirón en la actividad mercantil: en 1978 había un total de 815 licencias fiscales y hasta 1980 aumentaron con una media de 4,6 por ciento al año¹⁹, a pesar de la crisis económica y el paro laboral que padecemos. De cualquier forma, el comercio salmantino, y sin tener en cuenta el de libros, cubre el 60 por ciento de la provincia, y la influencia de la central de productos alimenticios o Mercasalamanca rebasa ese ámbito para extenderse por parte de las provincias de Avila, Cáceres, Valladolid, Zamora y León. El aumento de su activi-

18 Matrícula de Contribución Industrial para el año 1891-92. Arch. Hist. Prov. Salamanca. Hacienda, 1.268.

19 Según muestreo del 20 por ciento con quinceo de hojas del *Listado del Padrón de Licencia Fiscal* de los años 1978 y 1980.

dad ha superado en 1980 al inmediato anterior en un 21,9 por ciento -máximo del país- en cuanto a venta de frutas y verduras, y en casi el 25 por ciento en cuanto a pescado ²⁰.

La actividad mercantil salmantina no se limita, sin embargo, a la que manifiestan esas cifras. Todo residente o visitante un poco observador sabe que existe otro comercio, difícil de cuantificar, que no se realiza en establecimientos del ramo, pero que es de gran importancia. Me refiero al que practican tratantes o directamente agricultores y ganaderos hablando junto a la barra de cualquier cafetería o al aire libre en la Plaza Mayor o en la del Mercado. Mueven así grandes partidas de ganado o de granos que no pasan por ningún establecimiento de la ciudad.

Si tener en cuenta este que podemos llamar comercio flotante, el salmantino se caracteriza por la predominancia en él del orientado a los productos alimenticios, sobre todo, y en menor medida a los textiles. Tanto en el comercio al por mayor como en el de minoristas, los alimenticios ocupan más de la tercera parte, y los textiles, en el de minoristas, el 14 por ciento. Es lo lógico para una ciudad que no tiene regadíos altamente productivos como los levantinos ni una determinada concentración fabril. Pero las actividades destacadas de la ciudad trascienden también a ese comercio que, así se caracteriza por la abundancia de librerías -2,6 por ciento- y por la de joyerías, en relación éstas con las tradicionales laborales de orferrería. Y en aquéllos alimenticios tienen puesto importante los más directamente relacionados con la producción agraria de la provincia. Téngase en cuenta que ésta es la principal reserva ganadera de la región, con el 23 por ciento del bovino -parte del cual tiene una específica y bien conocida dedicación-, el 14 por ciento del porcino y el 13,5 del ovino. Todo esto influye en la actividad mercantil de la capital, la orienta y es una de las causas de su positiva evolución. Y todo explica a su vez que ya en los años 50 contara la ciudad con medio millar de agentes comerciales colegiados, que 26 años después habían aumentado a 600.

Más significativas que estas cifras porque hablan por sí mismas del movimiento de capitales que generan estas actividades son las referentes a bancos y cajas de ahorro: en 1955 había sólo once y sin ninguna sucursal; en 1981 ya eran 35, con un total de 80 centrales o agencias repartidas por la ciudad. Puede servir como ejemplo de expansión el de una de las entidades de mayor tradición y vinculación locales: la Caja de Ahorros y M. de P. de Salamanca. Empezó su actuación hace exactamente un siglo con 213 impositores a los que atendía una sola oficina con varios empleados. En 1909 eran ya 4.170 los impositores, y los recursos ajenos sumaban 1,6 millones de pesetas. Estos recursos ascendían en 1980 a 37.873 millones, lo que representaba un incremento del 14 por ciento respecto al año precedente. Y en el de su centenario cuenta ya con 16 agencias en la misma ciu-

²⁰ «Mercasalamanca controla lo que se consume los salmantinos». *Casa Grande*. Salamanca. Ayuntamiento, 1981, núm. 16, pág. 1.

dad que, con la oficina central, emplean a 280 personas; otras 52 agencias en la provincia, atendidas por más de 400 empleados, y 37 agencias en las provincias de Valladolid y de Zamora o en sus capitales.

La expansión de las actividades mercantiles y financieras se ve favorecida por ser Salamanca importante nudo de comunicaciones, lo que, a su vez, forma también otra de las funciones que hay que destacar. Al eje natural de dirección meridiana que tanto influyó en la creación y en la reconstrucción de la ciudad se unieron otros que esta misma polarizó debido a su importancia. Procedente de Gredos llegaba hasta aquí otra calzada que cruzaba el Tormes por Alba; de aquí partían las de Ciudad Rodrigo y Portugal y las de Toro y Ledesma, y sobre todas destacó desde la Edad Media la de Medina, centro comercial importante de ganado lanar, abundante en Salamanca. No hay seguridad de que todas fueran de origen romano, pero sí de la importancia que tuvieron al menos desde el siglo XV: en un punto de la de Medina, el llamado entonces Mollorido -«lugar piadoso» porque era del obispado salmantino- sitúa Cervantes el nacimiento de Cortadillo. A ellas o la de la Plata alude la toponimia local -Cuatro Calzadas, Calzada de Valdunciel, Calzada de Don Diego- y de algunas quedan trozos visibles. Carreteras y ferrocarriles han seguido su trazado. En 1877 se terminó de montar la vía férrea que enlazaba Medina con Salamanca; en 1887, la de Salamanca a la frontera portuguesa en sus ramales de Ciudad Rodrigo y Lumbrales; en 1894, el tramo de Peñaranda a Salamanca que establecía la comunicación directa con Madrid; dos años después, el de Plasencia y Béjar que se continuó más tarde hacia Zamora y Astorga. Salamanca se convirtió así en cruce de tres vías ferroviarias: la de Madrid a Galicia, la de Gijón a Sevilla y la que enlaza las fronteras francesa y portuguesa.

Los mismos recorridos o destinos tienen las carreteras que aprovecharon el trazado de las viejas calzadas, y la ciudad así es cruce de las que enlazan igualmente Madrid con las rías bajas gallegas (N. 501), Gijón con Sevilla (N. 630) y las dos fronteras (N. 620). Entre 1962 y 1975 ha aumentado el número de vehículos en la ciudad de 11.996 a 55.418. Entre ambas fechas el incremento de los de turismo ha sido de 946, 4 por ciento, y el de camiones y furgonetas, de 116,5 por ciento. En la explicación del primer incremento intervienen múltiples factores; en el del segundo, indudablemente, uno juega papel importantísimo: la indicada actividad comercial. Pero a la gran densidad de tráfico que sufre dentro de sí misma la ciudad contribuye también de manera relevante la importancia de las carreteras que aquí confluyen. En las rondas, donde se realiza el enlace de todas ellas, aumenta de día en día ese tráfico y se hace realmente angustioso en los que marcan el comienzo o el final de las vacaciones laborales porque las rondas son paso obligado en su tramo septentrional y occidental para los que van y vienen de Francia a Portugal. Para el final del próximo decenio se prevé que por esos tra-

mos el tráfico tendrá una densidad media de 28.000 vehículos diarios; y, si no se hubieran construido entonces las dos circunvalaciones en las que ahora se piensa, esa densidad media aumentaría a 75.000, lo que da un resultado final de 27 millones de vehículos al año. Este carácter crucial de Salamanca está influyendo en el desarrollo local de la función comercial y ésta, a su vez, incide sobre el aumento de tráfico.

Junto a esas hay otras dos funciones que deben su importancia en buena parte a la existencia aquí de las Facultades de Medicina y de Derecho. Nos referimos a la sanitaria y a la relacionada con la administración de justicia. La primera se desarrolla de tal manera que, desde los años 50, el número de médicos colegiados han pasado de 189 a 1.200, y el de practicantes o ayudantes técnicos sanitarios, de un centenar escaso a más de un millar. La segunda mantiene su desarrollo porque a la misma Facultad existente en la ciudad se sumó a partir de 1883 la Audiencia Provincial: en 1891 la Matrícula de Contribución registraba 36 abogados que aumentaron a algo menos de un centenar en 1955 y a 201 en el momento actual, y ello sin tener en cuenta los no residentes y los que, aun estando colegiados, no ejercen.

En la referencia de servicios que dan importancia a la ciudad no pueden obviarse los administrativos. Los tuvo en cantidad relevante desde hace siglos como cabecera de corregimiento o de provincia. Desde finales de la Edad Media Salamanca se consideraba cabecera de Extremadura y su voto en Cortes representaba a los maestrazgos de Alcántara y de Santiago, a las ciudades de Plasencia, Coria, Trujillo, Cáceres, Badajoz y Ciudad Rodrigo y a 500 villas y 14.000 aldeas, y su Casa de la Tierra era sede de los sexmeros de ésta. Al realizarse en 1833 la actual división provincial se desgajaron de su jurisdicción los partidos de Mirón, Barco de Avila y Piedrahita y diversos términos que ahora son cacereños, pero se agregaron Peñaranda de Bracamonte y varios de los términos próximos, otros de la zona de Alba de Tormes y algunos serranos; y lo que en otros tiempos fuera Corregimiento de Ciudad Rodrigo, separado del salmantino, integró definitivamente la nueva provincia. Después se fueron creando con sede en la capital provincial y con sus correspondientes empleados el Gobierno Civil, la Diputación Provincial y las Delegaciones Provinciales de los distintos Departamentos ministeriales, a los que, también como un detalle más de la concentración de servicios aunque no propiamente administrativos, hay que sumar los que representan los dos regimientos que integran la guarnición militar.

Ahora bien, hay que hacer notar que no existe una correspondencia absoluta entre la intensidad o importancia que imprimen al carácter de la ciudad los diversos servicios y la población que cada uno ocupa de manera directa: en 1970 los comerciales absorbían más de la cuarta parte, el 26,5 por ciento en concreto, de la población activa; el segundo lugar en este aspecto cuantitativo lo ocupaban,

con el 15,7 por ciento, los servicios personales y domésticos, para los que es de suponer una proporción mucho menor en el censo actual; el tercer lugar, con algo menos de 13,7, correspondía a los administrativos y de defensa; los transportes y comunicaciones tenían el 11,9; la hostelería, que no incluye a las personas que alquilan pisos o parte de ellos a estudiantes, contribuía con el 8,3; los servicios financieros y de seguros, con el 5,6; los recreativos y culturales, que tampoco encuadran al alumnado porque no se considera población activa, solamente el 1,2, mientras corresponde el resto a los servicios religiosos, sanitarios y otros varios.

Aquel relativo desarrollo en el siglo XVIII de la actividad fabril no continuó y en muchos aspectos ni siquiera se sostuvo. La mayor aspiración de la alta burguesía salmantina y su más estimada manifestación de riqueza ha sido siempre la propiedad agraria -de una dehesa, sobre todo- y ha menospreciado en cambio las actividades fabriles y las directas inversiones en ellas. Ahora bien, la escasa actividad fabril existente conserva y ha acrecentado la importancia heredada en tres de sus manifestaciones: la más relacionada con la universitaria, la que está más subordinada a la producción agraria provincial y la que se halla más en consonancia con la riqueza monumental y artística de la ciudad; es decir, las editoriales e imprentas, las elaboraciones de productos ganaderos y la orfebrería.

Así, es de destacar la existencia aquí de 35 imprentas y ocho editoriales, algunas de las cuales con ámbito que rebasa los límites provinciales e incluso los nacionales. Puede parecer lógico si decimos que entre esas editoriales se incluyen las que, de manera más o menos directa, dependen de las dos Universidades, que se dedican a difundir las investigaciones de sus profesores. Pero también a ellas se suma alguna particular, y cabe aseverar sin exageración alguna que unas y otras constituyen el elemento que mantiene con conocimiento más universal el nombre de Salamanca.

Dentro de la actividad fabril se ha perdido la del curtido de pieles, pero se mantiene la de elaboración de productos cárnicos, para lo cual existen 13 establecimientos que dan fama a Salamanca en conservas y fabricación, sobre todo, de derivados porcinos. La ciudad cuenta también con una central lechera y una fábrica de azúcar que surgió al extenderse el regadío por la ribera media del Tormes y, con él, el cultivo de la remolacha.

Y mención especial merecen también los 23 talleres de orfebrería. Mantienen una arraigada tradición y conservan en sus filigranas el recuerdo de los estilos gótico florido y plateresco que tan bien arraigaron y tanto carácter dan a la parte monumental de la ciudad.

Existen también, claro es, los talleres diversos y la construcción -ésta con más volumen de empleo que la actividad propiamente fabril- que exige cualquier importante concentración de población. A ellos se han sumado recientemente y destacan por el volumen de ocupación una fábrica de rodamiento a bolas y, fuera del término pero con empleo salmantino sobre todo, otra de papel.

Las actividades agrarias, como es norma general en los núcleos urbanos, no tienen tanta importancia como las de servicios e industriales. Para presenciar ahora una labor de era hay que salir del término, y sólo unas huertas situadas en el costado oriental del conjunto urbano y algunas granjas avícolas mantienen aún y de forma poco ostensible la vieja estampa campesina que antaño trasponía los muros de la ciudad y se intercalaba entre sus construcciones. Pero la vinculación con el campo es mucho mayor porque a aquellos pasados terratenientes vecinos de la ciudad han sucedido otros, aunque con mucha menor hacienda, que dirigen ésta desde aquí. Y, con ellos, pequeños propietarios de los secanos próximos que, con la labor ya mecanizada, trabajan sus besanas desde la ciudad a tiempo parcial. El campo es así una vivencia fuerte y constante entre nosotros. Si registráramos las palabras oídas al paso a lo largo de un día en una calle animada o en una cafetería es seguro que la mayor frecuencia correspondería a las que se relacionan con profesores, exámenes, apuntes y otras propias de la actividad estudiantil -que también se manifiesta en la abundancia de fotocopiadoras-, pero en segundo lugar y también de manera destacada seguirían a esas las referentes a cosechas, toros, cerdos, pastizales y dificultades campesinas. Universidad y campo no absorben grandes porcentajes de población activa, pero sí la mayor parte de las preocupaciones que tienen tanto los activos como los que no lo son.

Con todo ello, esta población se distribuía en 1970 de la siguiente manera: 31,10 por ciento, los encuadrados en cualquiera de los tres sectores económicos; 6,65, jubilados y rentistas; 34,55, estudiantes y escolares; 25,82, en las labores del hogar, y 1,88, indeterminados. Y, dentro de la que se considera población activa, el volumen superior, con el 65,3 por ciento, corresponde a los servicios, mientras industria y construcción sólo ocupa el 32,6, y las actividades agrarias nada más el 2,1 restante.

EL DESARROLLO ESPACIAL

Hasta que se inició el incremento constante de la población y de los servicios en la ciudad, esta se contuvo casi exactamente en los límites que le dieron los repobladores medievales, esto es, en el casco amurallado más los arrabales de uno y otro lado del puente o de Santiago y la Trinidad. Lo que había era abandono de las zonas periféricas de intramuros y concentración en la central a costa de los corrales y otros espacios aún vacíos y, eso sí, construyendo los nuevos edificios más altos. El mismo Concejo había dado ejemplo de ello al levantar la Plaza Mayor. En los registros de ventas de los últimos años de la primera mitad del siglo XIX hay ejemplos de todo esto. Así, en 1848 se dejaban caer y pasaban a ser solares y como tales se vendían una antigua casa de la Ronda del Corpus que «sólo tiene paredes y además de la muralla, constituyendo sólo en el día un corral», y en la



Plaza de la Catedral, a finales del siglo XIX

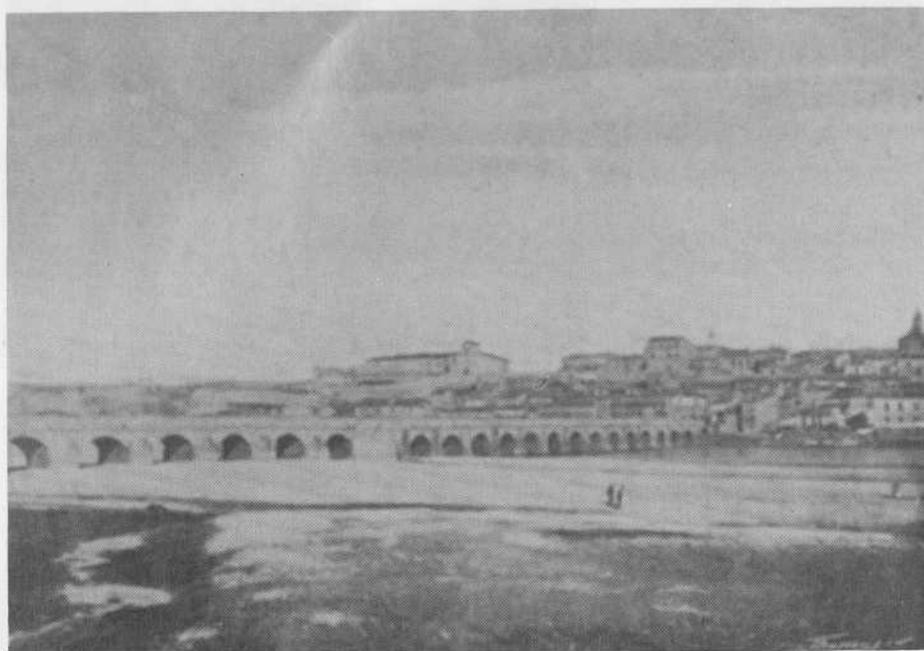
(Cortesía de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca)



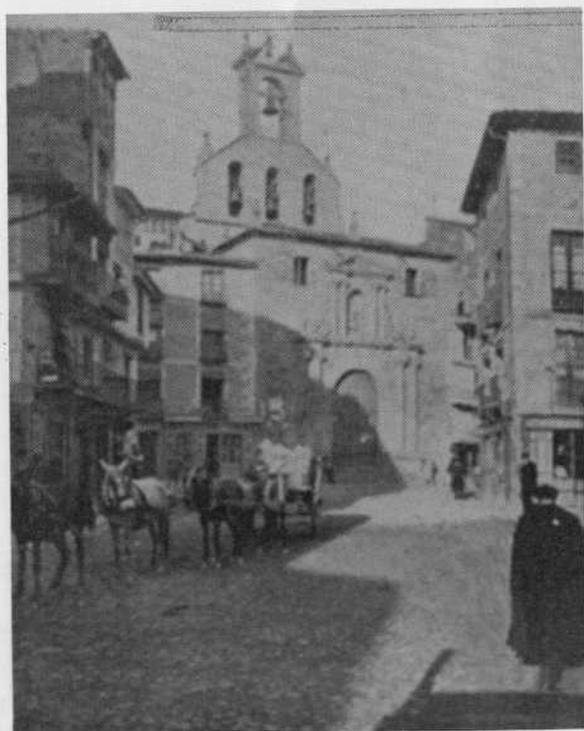
Puerta Zamora. Arco levantado con motivo de la visita del Conde de Romanones a Salamanca

(Cortesía de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Salamanca)





Puente Romano y vista general de la ciudad a principios del siglo actual



Comienzo de la Rúa Mayor en el primer tercio del siglo XX



Calle de la Sierpe, «dos solares de casa, hoy corrales con su pozo y una habitación cubierta con piso bajo tejabano». A la vez, en cambio, otra en la Plaza de San Julián que ya se componía de piso bajo, principal, segundo y desvanes, y una en el Campillo «que aún no está concluida de edificar y levantaron los vendedores sobre un corral con su tenada»²¹.

En esos momentos la desamortización reducía conventos, la Universidad perdía sus bienes, cambiaban continuamente de dueño las tenerías, y la población perdía posibilidades y efectivos. Entre las ventas de esos años figuran la de aquella finca La Moral que había sido propiedad del Concejo, venta que se realizó por 95.100 reales a pagar en cinco años; una fábrica de curtidos situada enfrente del campanario de Santiago, que valió mucho menos, 20.000 reales, y el pozo de la nieve que fue del convento de Guadalupe, que lo adquirió en 1847 Araujo -gran comprador de bienes desamortizados y propietario de un café en la Plaza Mayor-, quien lo vendió a su vez en 1858, y el comprador volvió a desprenderse de él un año después²².

La crisis era tan aguda que los accionistas de la plaza de toros -entonces en el parque de San Francisco, pasada la esgueva- vendieron nada menos que «El edificio titulado Palacio de Monterrey sito en esta Ciudad que linda por el Naciente con la Plazuela... de Monterrey, Mediodía con calle de las Agustinas, Poniente con la Alberca -la procedente de la Calle de los Condes de Crespo Rascón- y Norte con casa y jardín de José Delgado». El comprador fue «Jacobo Stuart, vecino de Madrid», es decir, el mismo duque de Alba sucesor de los que edificaron el palacio y fueron sus poseedores en siglos anteriores. La venta se efectuó por 75.000 reales, cantidad inferior al doble de lo que en el mes siguiente del mismo año 1846 en que se hizo esa venta valió una casa de la Plaza Mayor situada entre ésta y la iglesia de San Martín²³. No había necesidad de ampliar la ciudad porque faltaban puestos de trabajo en ella y con la nobleza emigrada a Madrid y los bienes eclesiásticos desamortizados, sobraban casas y solares en los bordes, palacios en el centro y conventos o monasterios por doquier.

Pero traspuestos los primeros decenios de la mitad segunda del siglo se inició el incremento de la población y a él siguió después el de los servicios. Se hacía imprescindible ampliar el habitáculo. Y como esos incrementos no han cesado desde entonces, la ampliación ha sido también constante. En ella pueden señalarse tres sucesivas etapas: una inicial en la que se completa el relleno del casco y se da más altura a los nuevos edificios, una segunda en la que se agrandan los arrabales existentes y se crean otros nuevos, y la de los últimos decenios, en la que se asumen las pautas marcadas en esas dos precedentes, esto es, se vuelve a reconstruir la zona interior con superior altura y se extienden más los barrios periféricos.

21 Arch. Hist. Prov. Salamanca. Contadurías, núm. 929, fols. 139, 141, 78 y 94.

22 Arch. Hist. Prov. Salamanca. Contadurías, núm. 926, fols. 27 y 48, y núm. 929, fol. 2.

23 Arch. Hist. Prov. Salamanca. Contadurías, núm. 926, fols. 118 y 135.

La primera etapa puede darse por terminada más o menos a finales del siglo pasado. En ese momento el núcleo medieval sin sus arrabales se había rellenado tanto que reunía 3.316 edificios, esto es, 237 más de los que se registraron siglo y medio antes. Aquel viejo panorama de casas de una planta sólo roto por las de la Plaza Mayor y alguna que otra -las que apoyan en la muralla sur del primer recinto, por ejemplo, que son de mediados del XVIII o la que hemos mencionado de la Plaza de San Julián- se había alterado ya de manera radical. En parte porque habían desaparecido no pocos de los grandes edificios eclesiásticos que dieron a la ciudad su pasado aspecto conventual y monumental: San Adrián; Santa Eulalia, ahora plaza de igual nombre; San Pelayo y San Isidro, junto a lo que fue Puerta del Sol; San Justo, en la plaza del mismo nombre; San Mateo, donde ahora la iglesia de San Juan de Sahagún; San Antonio el Real, en cuyo solar se levantó el teatro Liceo; el convento de Menores o Clérigos de San Carlos, actual Plaza de Colón; San Vicente, en el teso de su nombre, y otros. También porque, de los 3.316 edificios, nada más 13,3 por ciento constaban de una planta, mientras 50,6 por ciento tenía ya dos, y el 36,1 restante, tres o más. Así, de la media de 4,8 habitantes o 1,3 familias por edificio de mediados del siglo XVIII se había pasado ya a casi 7,4 habitantes por edificio, esto es, más de familia y media. Y, si sólo tenemos en cuenta las viviendas ocupadas, la media de ocupación era de 8,03 habitantes, es decir, dos familias por cada una.

Aunque se empezaron a derribar las murallas en 1867, en esa primera etapa bastó la reestructuración del casco, rellenando sus vacíos y dando al conjunto un crecimiento vertical, aunque moderado.

Los barrios de acá y de allende el puente habían surgido en el momento mismo de la repoblación medieval, pero con el paso del tiempo no habían perdido su condición suburbana. Entre las casas vendidas en ellos a mitad del siglo XIX figura una, por ejemplo, que «se compone de portal, cocina y cuarto por lo bajo, todo y tejabano», y se vendió por 650 reales, cuando en «la isla de la Yerba, titulada el Corrillo de esta capital» valían hasta 30.000 reales, y la de la esquina del mismo Corrillo con la Calle de Juan del Rey se vendió por esos mismos años en 50.000²⁴. A este lado del puente la vecindad de las tenerías -cuyos operarios eran los ocupantes de las casas- y, al otro, la servidumbre que implica el paso del puente para venir al centro, hacían despreciables esos barrios.

Pero el crecimiento demográfico se aceleró desde el comienzo del siglo actual y no quedó otro remedio que recurrir a esos arrabales e iniciar así el desarrollo horizontal. Es el inicio de la segunda etapa de expansión topográfica.

Al redactarse el famoso Diccionario de Madoz en el último decenio de la primera mitad del XIX el arrabal del otro lado del río estaba formado por 125 edificios. Al terminar el siglo no había variado apenas, pues sólo había aumentado en

24 Arch. Hist. Prov. Salamanca. Contadurías, núm. 929, fols. 58 y 48, y núm. 926, fol 92.

diez más, aunque, eso sí, dando a los que había más altura como correspondía a la norma general de la primera etapa: los de dos plantas superaban ya en número a los de una. En total albergaban unos y otros 866 habitantes, esto es, familia y media por edificio. A la vez, había surgido más allá el anejo de Vistahermosa, con 16 edificios y 135 habitantes, y en la carretera de Portugal, sobrepasado el límite municipal, es decir, ya dentro del de Tejares, el barrio de Chamberí, que sumaba un centenar de personas a las 441 que registraba el núcleo que vio nacer al Lazarillo. Como los otros incipientes arrabales sólo reunían entre todos 62 edificios y en ellos 241 personas, parecía que traspuesto el río iba a ser la línea fundamental del desarrollo en anchura de la ciudad.

No fue así. En el decenio 1901-10 el arrabal indicado del puente sólo aumentó su población el 16 por ciento, cuando empezaban a crecer e incluso a transformarse los pequeños barrios que habían ido surgiendo en las Afueras de la Puerta de Zamora y traspuestas las que fueron rondas orientales de la muralla. En el primero de estos barrios había en tiempos de Madoz 40 casas de labradores, y en 1910 ya prácticamente las mismas calles que actualmente median entre la Avenida Mirat y la de Portugal. La Plaza de Gabriel y Galán tenía entonces seis edificios y 73 habitantes; el Paseo del Doctor Torres Villaroel, 34 y 243, respectivamente, y la Avenida Mirat 26 y 240.

Otros núcleos estaban surgiendo en torno a la vieja calzada de Toro, todavía entonces con sólo tres viviendas, y en el camino de la Estación, en el que había siete.

También en el costado oriental le habían nacido a la ciudad otros nuevos incipientes barrios, entre los que destacaba el de las Afueras de Sancti Spiritus, con 62 construcciones y 184 personas, pero más allá se iniciaban el del Rollo, que contaba con 67 habitantes, y en el camino de Aldealengua, Las Pajas, que tenía 23.

Al otro lado se empezaba a poblar la ronda de las Carmelitas o Avenida de Alemania -18 construcciones y 86 habitantes- y se había iniciado en la carretera de Ledesma el barrio de Los Pizarrales, con 12 pequeñas viviendas que albergaban a 31 personas.

A lo largo del segundo decenio el Arrabal del otro lado del río aumentó su población en una cuarta parte, pero los de la situación opuesta no dejaron tampoco de hacerlo, se consolidaron como barrios e incluso originaron otros próximos. Las iniciales casas del Rollo dieron lugar así al de la Prosperidad, que al terminar el decenio contaba con 175 habitantes; Las Pajas pasó a 76, y a aquellas casas de la calzada de Toro se unieron otras para formar el inicial de Garrido, con 125 personas. El que más aceptación tenía entonces de todos ellos era el de Los Pizarrales, que a lo largo de esos años aumentó su población 472 por ciento.

En la década de 1921-30 tampoco dejó de aumentar en población -el 33 por ciento- el Arrabal meridional, pero los barrios opuestos al río lo hicieron con más empuje y generaron algunos más. El incremento poblacional de Pizarrales fue más moderado que el precedente, del 230 por ciento, pero el de la Prosperidad-Delicias, en cambio, resultó del 541 por ciento. Traspuesto el de Las Pajas surgió el del Puente Ladrillo, y entre el cementerio y las rondas, el del Calvario, donde desde el siglo XVI estuvo el monasterio de franciscanos descalzos. Las ampliaciones de todos ellos y la de los inmediatos a la ciudad, sobre las mismas rondas, producían ya la conurbación con el núcleo central.

Al iniciarse la segunda mitad del siglo se aceleró la inmigración, que entre 1950 y 1970 sumó 24.000 personas más al crecimiento natural de la ciudad. Se iniciaba con ello la tercera etapa del desarrollo espacial en la que nos hallamos. El desarrollo ahora es vertical y horizontal. No en el primer recinto medieval, donde la concentración de monumentos artísticos obliga a unas alturas que no hacen apetecible para el capital privado la reconstrucción. Si en cambio en el segundo recinto, donde bloques plurifamiliares de ocho o más plantas sustituyen a las edificaciones que se habían recrecido ya anteriormente aunque con alturas moderadas. La transformación afecta a todo el recorrido oriental y septentrional de lo que fueron rondas exteriores de la muralla, a los espacios comprendidos entre éstas y la Plaza Mayor y a la Gran Vía que se trazó paralela a la esgueva del este, y en algunos casos comprende barrios enteros como el del Conejal o Corriño, antaño predilecto de los alfareros, y el de San Cristóbal. Hay planes y normas reguladoras, pero tantas -Plan Paz Maroto, General de 1966, Parciales de 1975, Revisión General, etc.- que su complejidad y sus contradicciones facilitan los desaguisados urbanísticos. Así, alguno de esos nuevos grandes edificios y con fachada de colores detonantes ha roto la armonía que hasta hace unos años tuvo la recoleta Plaza de Santa Teresa, y en la de la Fuente, y con la argucia de dejar soportales, se ha rebasado de manera muy acusada la línea de fachada. Los salmantinos de finales de la Edad Media y principios de la Moderna perdieron las extensas propiedades agrarias que tenía el Concejo; los de ahora pierden estética urbana y parte de las calles y del espacio aéreo de ellas, que siempre debieran considerarse bienes del común.

Sólo por suroeste y sureste se ha limitado el ensanche, en un caso porque lo dificultan la zona sanitaria y nueva universitaria; en otro, porque también lo hace la fábrica de Mirat, de humos y olores de molesta vecindad. Al girar la mirada de uno a otro rincón sobre el plano actual encontramos tras las rondas y con eje en la Avenida de Filiberto Villalobos el barrio de San Bernardo, desarrollo en postguerra del inicial del Calvario; el que se construyó sobre el monasterio y huerta de las carmelitas que dieron su primer nombre a la Avenida de Alemania, y el de la Plaza del Oeste. Más exteriormente se alzan Los Pizarrales, el Barrio de Vidal y el Barrio Blanco, que extiende la ciudad hasta el teso de los Cañones. Al

norte del tramo central de la Avenida de Portugal las edificaciones han ganado y rebasado otro trazo, el de la Chinchibarra, y a su costado oriental, desde lo que fuera la calzada de Toro hasta la Avenida de la Estación, se extiende el mayor de todos: el que originaron aquellas primeras Casas de Garrido ya mencionadas. Las instalaciones ferroviarias interrumpen la continuidad. Traspuestas ellas, se encuentran el Puente de Ladrillo, Las Pajas, Delicias y la Prosperidad, que tienen por ejes principales de acceso al centro la Calle de los Comuneros de Castilla y el Paseo del Rollo.

El proceso de transformación del núcleo interior a través de los tiempos ha pasado por dos distintas fases generales: sobre lo que eran casas amplias de una sola planta, con corral o jardín en muchos casos, quizá también con desván y, de cualquier forma, con una sola familia, se levantaron primero otras de tres o cuatro pisos para albergar a otras familias; después, en un segundo momento ya próximo a nuestros días o en estos mismos, se derriba esa segunda construcción para alzar el bloque del número de plantas o alturas que, en razón de la anchura de la calle, permitan las ordenanzas, pero en ningún caso menos de siete u ocho. Sólo en la zona más céntrica, donde la indicada concentración pasada originó ya alturas propias de la primera fase de la transformación, se mantienen los edificios en ella, esto es, sin pasar todavía a la segunda. En esta zona las sucesivas herencias han dado lugar a estrechamientos de los solares porque todos han de tener salida a la calle. Las casas aquí pueden llegar a tener una sola fila de balcones sobre el único vano bajo que es el portal de acceso. Los mejores ejemplos se hallan en el Corrillo.

En los barrios periféricos la reconstrucción difiere de esa central en que, en razón de su modernidad, no se encuentran nunca en ellos esas estrecheces y en que sólo experimentan una fase de transformación. Las primeras viviendas que se construyeron eran relativamente amplias, en unos casos más bien sencillos chalets con algo de jardín delantero o trasero y en otros casos de tipo rural con patio o con corral, pero unas y otras con una sola familia, la propietaria casi siempre. Buenas condiciones para que los promotores las compren y para que levanten sobre el solar de dos o tres el gran edificio de ocho o diez plantas. En cualquier caso, y aún sujetas a ordenanzas, con más altura de lo que es razonable. Las nuevas anchuras que se han dado a las calles de estos barrios -como ocurre con los nuevos del Campillo y San Cristóbal en el núcleo- son tan pobres, miserables en relación con la altura permitida a las construcciones, que para ver el cielo sus vecinos han de sacar medio cuerpo fuera de la ventana. El más triste ejemplo de ello es Garrido, auténtica colmena humana. Sólo en Pizarrales y esto debido a la altura topográfica del barrio, se obliga a más discretas alturas en las nuevas construcciones, aunque tampoco se han planeado sus calles suficientemente anchas.

No han bastado todas esas ampliaciones y se ha vuelto la vista otra vez a la zona meridional, donde, entre la carretera de Madrid y el llamado Polígono Industrial -al borde del término- se levanta ahora la segunda fase del barrio de San José, ampliación del de la Vega. Este último, de más bajas casas es el que, a través del Arrabal, enlaza con Chamberí, Los Alambres, San Buenaventura y Tejares.

Pero el término municipal de Salamanca es pequeño. Tenía 28,56 Km. cuadrados hasta 1966 y entonces se unió el de Tejares a él, que sólo aportó 10,40 Km. cuadrados más. Las ampliaciones efectuadas han producido ya la conurbación con el vecino lugar de Santa Marta de Tormes y por éste se extiende ahora la mayor influencia de la ciudad. Es precisamente uno de los escasos términos municipales de la provincia que, con excepción del de la capital, recibe inmigrantes y gana población. Completan el cuerpo real salmantino, aunque desgajados, otros miembros: las ciudades satélites que se construyen a varios kilómetros del casco, sobre la carretera de Alba, y ya dentro del externo cinturón de residencias secundarias. Sin contar la población que albergan estos lugares, que registran los municipios en que se ubican, resulta de cualquier forma ya muy superior el contingente que puebla los barrios exteriores a las rondas que los interiores.

REPARTO ACTUAL DE FUNCIONES Y DE FORMAS

Al analizar la distribución de funciones y de formas que reflejan la organización intrínseca y la fisonomía de la ciudad hay que hacer en principio una clara separación entre el núcleo histórico -conjunto de los dos recintos medievales- y las partes exteriores a él.

En el núcleo histórico y de sur a norte hay tres diferentes fajas paralelas. La primera se extiende desde el escarpe fluvial hasta más o menos el paralelo que atraviesa la embocadura de la Rúa Mayor. Comprende, pues, el primer recinto y la parte del segundo que le rodea de manera más inmediata. Vacía de vecindario, y abandonado por el obispado el palacio frontal a la Catedral, puede denominarse a esta zona la del Recinto Universitario por excelencia. Aquí se hallan los servicios centrales de la Universidad estatal y sus Facultades de Ciencias, Derecho, casi todas las de Letras y, en el extremo noroeste, la de Medicina. También el Museo de Bellas Artes y los Archivos Provincial, Municipal y de San Ambrosio; los Colegios Fonseca, Fray Luis de León y otros varios; la Universidad Pontificia y los Centros o residencias de San Esteban, Calatrava, Carmen de Abajo y San Vicente.

Siguiendo el secular desplazamiento de la ciudad hacia el norte, la población abandonó esta zona que, sólo al este, en la parte comprendida entre la Gran Vía y la ronda, muestra ahora alguna actividad constructiva. El abandono produjo

ruinas y solares. Así, sobresalen más los edificios, casi todos monumentales y artísticos, que albergan la actividad cultural. También los de la eclesiástica que aquí se ha mantenido: Clerecía, San Benito, Catedrales, Santo Tomás Cantuariense, las Dueñas, San Sebastián, la ahora en recuperación de San Blas... Con unos y otros, las antiguas mansiones señoriales: Casa de las Conchas, palacios de Orellana, la Salina y Episcopal; torres del Clavero y Abrantes. Es también la zona que más cambia su ritmo entre el día y la noche de cualquiera de los días lectivos y entre éstos y los festivos: por la Rúa Mayor, principal y casi único acceso al que fue primer recinto medieval y ahora la principal concentración de servicios universitarios, riadas de alumnos van desde las otras zonas o vuelven a ellas en las horas punta. Como el tráfico se limita a las pocas calles de obligada salida de la ciudad o de acceso al Recinto, es la zona donde todavía pueden oírse campanas y a las cigüeñas «machar el ajo».

Un grave problema tiene sin resolver: el suburbio de la Calle de la Palma, sede antaño de famosa mancebía y ahora de grupos humanos marginados que, entre ruinas y sin los más elementales servicios, contribuyen más a la disociación que el barranco de la calle, no urbanizado, forma entre la parte occidental del Recinto y el resto de él, y ponen la más triste nota de desamparo humano en la ciudad.

En contraposición formal, el restante Recinto tiene la mayor concentración de nobles construcciones. La edificación salmantina se realizó siempre con la ya mencionada arenisca de la era terciaria o piedra franca de Villamayor -el lugar de las canteras-. Es de grano fino y, según decíamos al hablar del abastecimiento anterior de agua, muy permeable. Por esto, es blanda y de fácil erosión. No sirve para cimentar y no va bien para la parte baja de los edificios que estén en contacto con el suelo porque absorbe la humedad de él y se disgrega. Así, hubo que cambiarla por granito en los pilares de la Plaza Mayor, y es la razón de que tan mal se conservaran las murallas. Pero sus condiciones la hicieron preferible en los paramentos visibles: la misma condición de permeabilidad facilita que, ya colocada, y bajo el clima seco propio de la región, se evapore la humedad que porta desde la cantera y queden fijos los relieves que se labraron en ella. Por todo esto fue la preferida y con ella se construyeron los edificios nobles desde el románico al neoclásico. Los estilos gótico, plateresco y barroco encontraron en esta arenisca el material más idóneo para sus cresterías, filigranas y volutas. Al envejecer adquiere un matiz rosado o cobrizo que con la luz rojiza del atardecer parece encenderse. Bien lo apreciaron quienes levantaron templos y palacios y así colocaron a poniente las multilabradas fachadas de la Universidad, la Catedral Nueva y San Esteban. Si esta primera zona se define como Recinto Universitario en razón de su fundamental y casi única función, es también por esas nobles construcciones, tan destacadas en todos los sentidos, la más monumental y artística de la ciudad.

Para conservar este carácter es obligado aquí no sólo dar a los edificios alturas discretas, sino realizarlos o al menos revestirlos con ese material. El Recinto Universitario, además de artístico, es así también el de mayor uniformidad material o de colorido de la ciudad.

Sólo tiene una calle comercial, la Rúa Mayor, el viejo cordón umbilical que enlazaba el segundo recinto medieval y en principio arrabal, con el corazón de la ciudad o recinto primero. Hoy sigue así la conexión, pero los términos se han invertido, y es el Recinto Universitario el que por el mismo cordón se une a la zona central y más vital, que se desplazó al norte.

Y es que esta segunda zona es el Centro, no sólo por su situación sino también por su funcionalidad. Una funcionalidad mucho más compleja porque hasta aquí se prolongan algo los servicios culturales -Escuela de Estudios Empresariales, Conservatorio de Música, Escuela de San Eloy- y a ella se han desplazado con el obispado parte de los religiosos. También porque aquí hay no pocas iglesias o conventos, como los de San Cristóbal -en vías de recuperación-, Sancti Spiritus, San Julián, San Martín, Agustinas, San Francisco, Vera Cruz, Ursulas, San Juan Bautista; y palacios o restos de ellos, como la Torre del Aire, los de Sexmeros, San Boal, Montellano, Garci Grande, de María la Brava, de las Muertes, Monterrey, que recuerdan la pasada predilección señorial por la zona. Porque alberga a la mitad de las salas de cine que tiene la ciudad, al casino, a distintos hoteles y a la mayor concentración de discotecas, tabernas y similares que hay en Salamanca. Pero, sobre todo, porque aquí, presidiendo la zona, se alza la Plaza Mayor, paso casi obligado de viandantes entre el resto de la ciudad y aquel Recinto Universitario y de la que los salmantinos han hecho en todo tiempo cuarto de estar o, mejor, ágora de la urbe; lugar acostumbrado de encuentros y de paseos, de tratos comerciales y, en las terrazas de las cafeterías que cierran su cuadro central, también de descanso para vecinos y visitantes. Y porque ella ha atraído, y en su torno se organizan igualmente, las mayores concentraciones comercial, bancaria y de oficinas.

Con el tiempo, la Plaza Mayor ha ido cambiando el carácter de sus servicios. Primero continuó la tradición de su antecesora de San Martín, con mercado abierto en los soportales que se prolongaba por las «covachuelas» y puestos del Corriño, Quintana, Poeta Iglesias y el Mercado. Después cedió a estos otros lugares el mercado abierto para quedar sólo como una alcaicería árabe, esto es, con comercios y talleres de productos nobles: joyas y paños. En una tercera etapa suprimió talleres e hizo más variado ese comercio. Ya a mediados del siglo pasado se montaron en ella, junto a la esquina de Prior, dos cafés, y esta es la tónica que terminó dominando: en la parte no ocupada por el Ayuntamiento tiene joyerías y sastres, como en el siglo XVIII, y otros diversos comercios, pero destacan las nueve cafeterías, no todas con apertura directa, pero sí con terrazas en ella. Nada menos que 78 licencias fiscales se registraron en ella en 1980, sin contar las que lo

estén directamente en el Ayuntamiento, y a pesar de que sus edificios son también viviendas.

La actividad comercial se extiende con igual intensidad por las calles que de ella irradian: en la Rúa Mayor, que sale de la zona para penetrar total o casi totalmente en el Recinto Universitario, hay 76; en la cortísima de Prior, 45; en la de Concejo, que tiene que ceder espacio para una plaza y el casino, 35, y lo mismo ocurre y aún de manera más destacada, en las de Toro y Zamora, que enlazan con la tercera zona. Donde la concentración se hace lógicamente más densa es en la otra Plaza, la del Mercado, que comparte con la Mayor el que fuera solar de la de San Martín: en el mismo año se reunían en ella —mercado en sí mismo y construcciones que forman la plaza— 115 licencias.

A esos dos grandes centros de concentración comercial se contraponen un poco más al norte otros dos que lo son de servicios financieros: la Plaza de los Bandos y la más pequeña del Liceo, enlazadas a su vez con la Mayor por sucesión continua de comercios y bancos. Puede decirse que el polígono comprendido entre las cuatro plazas, en el que también se hallan las oficinas municipales, forma de cualquier manera el corazón de la ciudad. Porque también lo es en cuanto a oficinas públicas y privadas. Alberga, según decimos, al Ayuntamiento, pero también y en este mismo corazón se hallan oficinas del I.N.S.S., y, en su borde, la Delegación de Hacienda. Fuera de él la zona encuadra igualmente el Gobierno Civil, Correos, y la Delegación de Cultura.

El Centro es así donde el suelo alcanza más alto valor y, cuando se consigue un solar, donde se construyen los pisos más lujosos. De igual manera, donde resulta más difícil hacer guardar las normas constructivas: en la Plaza de Montevideo se obligó a derribar varios pisos de una casa ya construida, y en la de la Fuente, en cambio, no se ha sabido o podido evitar la ya indicada invasión de la calle con un nuevo edificio. Por todo ello es también esta la zona más compleja, pues si Plaza Mayor, iglesias, palacios y no pocas casas se construyeron, como en la zona primera, con la piedra de Villamayor, en las modernas se han empleado materiales diversos en las fachadas y son de excesiva altura.

La circulación es aquí densa. También compleja, porque se trata de un conjunto de calles estrechas sin direcciones rectilíneas que permiten con dificultad la dirección meridiana pero que hacen casi imposible la paralela dentro de la ciudad.

En el Núcleo Universitario los movimientos pendulares, como hemos dicho, los realizan los estudiantes y sólo en horas punta de los días lectivos. En el Centro estos movimientos son en cambio más complejos y acusados. Incluyen a aquéllos estudiantiles y se forman además con los de los habitantes de los barrios exteriores que hasta aquí llegan porque aquí, en oficinas administrativas y bancarias y en comercios, tienen sus puestos de trabajo.

Los espacios abiertos son pocos y pequeños. Fuera de la Plaza Mayor, los más destacados y ajardinados —parque de San Francisco, Plaza de Colón— aprovecharon, al igual que la Plaza de Santa Eulalia, los de conventos pasados o el solar de éstos.

La zona tercera es la Residencial del Núcleo. Ocupa la parte más septentrional de él y se prolonga a uno y otro lado por las rondas hasta abrazar con ellas a la central. Tiene algunos templos —San Juan de Sahagún, Carmelitas, Corpus Cristi, San Marcos—, un grupo escolar y, en las rondas sobre todo, establecimientos de diversa función. Pero la que domina en él es la residencial y, como enlace con el Centro, la comercial. Este enlace se realiza principalmente por las calles Azafranal, Toro y Zamora, de gran movimiento de vehículos y personas, como únicos ejes que comunican los barrios septentrionales con el Centro y el Recinto Universitario. Tanta importancia comercial han adquirido que en 1891 la de Toro contaba sólo con 18 matrículas de contribución y tiene en cambio 213, y la de Zamora en igual tiempo ha pasado de diez a 139. El incremento no se produce sólo en el tramo ubicado en la zona, pero sí ahora de manera más acusada en él porque en el correspondiente a la central, por estar junto a la Plaza Mayor, se realizó antes. Se ha acelerado la concentración desde que se derribó el barrio del Conejal, que existió hasta hace pocos años, para levantar en su lugar el actual del Campillo que, entre las mencionadas calles de Toro y de Zamora, comprende la mayor parte de la zona. Esos ejes principales se hicieron entonces más apetecibles para las instalaciones comerciales. Es aquí donde se hallan los únicos grandes almacenes que tiene la ciudad. Y en las calles que median entre aquellos dos importantes ejes viales se está instalando el comercio más lujoso.

El barrio del Campillo está formado por bloques sucesivos de edificios en torno a un único espacio abierto, la plaza de la que tomamos el nombre para definir el barrio. Hace un par de años, cuando todavía se estaba realizando la transformación, resultaba una media de 4,6 plantas por edificio, que pronto pasará a ser de siete u ocho, si no ha pasado ya. Tanta altura y de tan apretada ocupación que sus patios interiores sólo tienen como media 2,6 metros cuadrados por habitante. Según la expresión de los alumnos de quinto curso de Geografía que han realizado el contraste de este barrio con el periférico de la Prosperidad-completado después con el de los movimientos pendulares, del que también nos servimos²⁵, en cada edificio «El patio de luces se ha transformado en patio de voces». Esta circunstancia se agrava porque también la calle, ya estrecha de por sí, la empequeñecen más los vehículos estacionados y porque a partir de la primera planta las construcciones sobrepasan la línea de solar al menos en 70 u 80 cm.

25 *Contrastes en el espacio urbano de Salamanca: Centro-Prosperidad, y El Centro salmantino. Análisis del empleo y desplazamiento pendulares, ambos inéditos.*

En las manzanas de las calles del Sol -extremo meridional del barrio-, Arco, Padilleros, José Jauregui y Villar y Macías la media de ocupación supera los 1.500 habitantes por hectárea, con lo que éstos y los restantes disponen nada más, en conjunto, de 9,3 metros cuadrados de calle o plaza para cada uno, sin tener en cuenta la indicada ocupación mayor del espacio aéreo que se hace desde el segundo piso ni la gran cantidad de vehículos estacionados.

Los bajos de los edificios están cuajados de establecimientos e incluso suben hasta la primera planta. De tal manera que sólo es residencial el 30 por ciento de la superficie de bajos e inmediato piso y es sobre todo comercial en el 70 por ciento de ellos. Y no porque sean garajes, escasos en el barrio, sino *boutiques*, joyerías, comercios de regalos y de discos o aparatos musicales, discotecas y colegios privados.

Los habitantes del barrio, inmigrantes en el 76 por ciento, son sobre todo médicos, profesores de Universidad, funcionarios, maestros y comerciantes no dependientes.

Sólo al norte, traspuesta la Avenida de Mirat, se produce cierta graduación entre la zona Residencial del Núcleo y los barrios periféricos. Se realiza en el que podemos llamar barrio del Mercado de San Juan. Es mucho más abierto debido al mismo Mercado y a la Plaza ajardinada contigua a él. Pero también se halla en vías de transformación: hasta hace pocos años daban más apertura las moderadas construcciones y los jardines, desgraciadamente ya edificados, de dos sanatorios privados y una fábrica de harinas de gran patio interior, sustituida por apretada manzana de casas. También tenía edificios de aspecto semirural que conservaban corrales y patios. Se han levantado grandes bloques de viviendas, sobre todo en la zona inmediata a la ronda, y en sus bajos, comercios de confecciones y electrodomésticos, cuando a finales del siglo pasado sólo había dos en las Afueras de la Puerta de Zamora, uno en la misma Puerta -ahora Plaza del Ejército- y otro en la Calle del Doctor Torres Villarroel. Pero de lo que más se ha llenado el barrio es de discotecas, clubes, cafeterías y similares. Termina en la Avenida de Portugal, ancha porque la ocupó la vía férrea que enlazaba con el país vecino. Es el único eje transversal capaz de enlazar en semicírculo los barrios periféricos del norte con los occidentales de la ciudad. Desgraciadamente se estrecha hacia el oeste, fuera ya del barrio que nos ocupa. Y es así porque se permitieron construcciones a la orilla misma de la vía férrea antes de hacerla calle. Al realizar el necesario desmonte para ésta algún edificio ya existente y de no pocas plantas creció hacia abajo y se ha hecho en él primer o segundo piso de lo que fue portal de acceso. Y en el tramo que forma el límite del barrio del Mercado de San Juan pareció excesiva la anchura dada a la avenida y se autorizó la construcción de un rascacielos de 15 pisos, bien visible desde cualquier punto de la ciudad y una de sus notas más detonantes. Similar graduación hay más al oeste, en torno a lo que fue iglesia de las Carmelitas.

Traspuesta en cualquier caso la Avenida de Portugal y en los demás puntos las que fueron rondas exteriores del núcleo histórico se extienden los barrios periféricos, de cuyo nacimiento y evolución primera hemos dado cuenta. Se trata de los barrios dormitorio de la ciudad.

Todos estos barrios periféricos se hallan ahora en explosiva transformación que los municipales Planes parciales tratan de encauzar. Algunos pueden calificarse de suburbios y lo son incluso en grado tan vergonzante como aquel ya mencionado de la Calle de la Palma que la ciudad parece resignada y condenada a conservar. Los más son barrios cada vez más compactos y formados por bloques de ocho o más plantas dedicadas por entero a vivienda. Y todos de reciente e incluso no acabada construcción. Están sustituyendo a las llamadas casas molineras que, si en Pizarrales y Barrio Blanco están en muchos casos más próximas a la situación de chabolas, en otros son o eran sencillos chalets de una sola planta con algo de jardín o, al menos, con patio o con corral. En unos sitios se utiliza la misma red viaria que los iniciales vecinos trazaron; en otros, la planificada. En cualquier caso, es estrecha y sin plazas o espacios abiertos suficientes. Tanto que la fisonomía que presenta el más acabado y populoso, el barrio Garrido, es la de una apretada colmena humana. Sólo una avenida, además de la axil, tiene en él anchura más adecuada. Y en el barrio más moderno de San José, pasado el río, la superior anchura vial se contrarresta con la permisión de muy altos bloques.

Para la conexión con el núcleo histórico se han aprovechado los caminos que de él irradiaban: de oeste a este, el del cementerio (Avenida de los Maristas), uno de los de Pizarrales (Avenida de Filiberto Villalobos), el viejo camino de Villamayor, las carreteras de Ledesma y Zamora, la antigua calzada de Toro, el camino de la Estación, el de Aldealengua y la calzada de Madrid. Al sur, el de Carbajosa la Sagrada, la carretera N 630 en su dirección a Cáceres y la de la frontera. Pero estos barrios meridionales, separados del núcleo por la carretera de Madrid y por su enlace con las otras, no tienen más conexión directa con él que los escasos puentes sobre el Tormes y, en la ciudad, la Gran Vía y las rondas. Si se pretendió hacer otra ciudad al lado de la tradicional se ha conseguido realmente al quedar separada por el río y carreteras de gran y rápida circulación. A los del lado de acá les ocurrirá también cuando las rondas queden como rápido enlace de las carreteras del norte, todavía no.

Los ejes de dirección septentrional no hacen sino prolongar los caminos de Toro y de Zamora que partían de la Plaza Mayor. Prolongación son ahora también en sentido funcional, sobre todo el primero, pues en las calles que lo sustituyeron, María Auxiliadora y Federico Anaya, se concentran los bancos y comercios del gigantesco barrio Garrido. A finales del siglo pasado y traspuesta la Puerta de Toro sólo había cinco establecimientos, todos de venta de vino, en el camino de la Estación, tres en las Afueras de Toro, uno Fuera de Casco, otro en la Ronda y dos más en la misma Puerta de Toro. Las rondas en estos contactos se

han llenado de ellos: en la Calle de María Auxiliadora hay ahora 95 licencias fiscales; en la de Federico Anaya, por la que esa se prolonga, nada menos que 245, más que en cualquier otra de la ciudad, aunque no en relación con su longitud, y en la de la Estación casi 200. Lo mismo ocurre en el eje formado por la Avenida de Italia-Carretera de Ledesma, enlace de Pizarrales con el casco histórico, donde son 160, y en Paseo de San Antonio-Paseo del Rollo, que tienen en conjunto 172.

Fuera de tales ejes, la actividad comercial desaparece casi por completo o queda reducida a tabernas, abacerías y otros establecimientos de inmediato servicio. Tanto que, a diferencia de lo que hemos indicado para el barrio del Campillo, de la zona Residencial del Núcleo, en uno de los periféricos, el de la Prosperidad, la función comercial de las plantas baja y primera se reduce al 20 por ciento, y es en cambio residencial en el 80 por ciento restante; y, mientras en el del Campillo hay tres metros cuadrados de establecimiento por habitante, en ese de la Prosperidad sólo hay uno.

En los barrios que ya han pasado por entero de las casas molineras de una planta a los grandes bloques plurifamiliares, que es lo que ocurre en Garrido, la densidad de ocupación es tan marcada, o incluso mayor por la estrechez de calles y la altura de edificios, como en el del Campillo. No ocurre igual en Pizarrales, donde la altura topográfica ha inclinado a autorizar sólo cuatro plantas, salvo excepciones, que, si prosigue la norma, harán que el barrio que fue más chabolista en principio se convierta así en el más racional de todos los periféricos. Lo mismo ocurre en el Barrio Blanco, por el que aquél se prolonga. Pero la norma se rompe al acercarnos desde ellos al núcleo histórico para volver a los grandes bloques sobre las rondas limítrofes. En Prosperidad, donde la transformación no se ha acabado aún, la media de alturas era todavía hace dos años de 1,7 plantas por edificio, es decir, mucho menos que en la zona Residencial del Núcleo y en el Centro. Y si en Campillo cada habitante no dispone de más de 2,6 metros cuadrados de patio interior y 9,3 de vial y algo parecido en Garrido, en ese de la Prosperidad la media es aún de 7,3 y 15,5 metros cuadrados, respectivamente. Es la influencia que ejercen en su conjunto las casas de una planta todavía existentes.

La población de los barrios periféricos está formada por menos inmigrantes que la del Campillo: en la Prosperidad, en concreto, menos de la mitad y aún inferior debe ser la de Garrido. Los niveles de renta en ellos son sensiblemente inferiores a los propios del núcleo y el barrio del Mercado de San Juan. En Pizarrales, por ejemplo, sólo el dos por ciento de los activos con trabajo en el núcleo tenía en 1980, según encuesta de nuestros alumnos, más de 50.000 pts. al mes y, en cambio eran el 80 por ciento los que la tenían inferior a 30.000. Y, de los que viven en Pizarrales, San José-La Vega, Chamberí-Tejares y Garrido-Norte (entre Federico Anaya y Doctor Torres Villarroel), son asalariados más del 90 por ciento. Frente al 43 por ciento que en su población activa suman médicos, profesores

de Universidad, funcionarios, maestros y comerciantes no dependientes en Camillo, los de la Prosperidad son nada más 4,39 por ciento.

Se trata de una población que en gran parte ha de bajar a los centros universitarios, comerciales y laborales del núcleo —ayuntamiento, con 487 empleados; Correos, con 296; Audiencia Provincial, con 160; Delegación de Hacienda, con 138; los grandes almacenes de la Calle de Toro, con 87 etc.-. En el eje Federico Anaya-María Auxiliadora-Calle de Toro se aprecian bien los movimientos pendulares que originan entre Garrido y Centro.

El cinturón de barrios periféricos no es continuo porque lo impiden sobre todo la estación y la vía ferroviaria —el gran problema de los del este- y, en el sur, la escasez de puentes y las carreteras. También porque en estos barrios dormitorio se intercalan los restantes cinturones de funciones que tiene la ciudad en su término. La más concentrada de estas funciones es la sanitaria. Comprende la única Casa de Socorro existente y los hospitales de la Santísima Trinidad, Geriátrico, de la Seguridad Social y Clínico, todos en o al oeste del núcleo. Los dos últimos son las empresas de mayor volumen de empleo —más de 3.000 puestos entre ambos- y los de mayor posibilidad de asistencia. Su ubicación es una de las peores posibles: a ambos lados de la ronda, entre las nieblas del río, cerca de los desagües de la ciudad y sobre una falla del terreno. Domina en ello el gigantismo propio de las ideas urbanísticas de mediados de siglo y, al concentrarse así, crean serios problemas a los habitantes de los barrios de opuesta ubicación, que no tienen otro acceso a ellos que los indicados ejes viales y las congestionadas rondas.

Otro servicio que se intercala entre los barrios dormitorio de la periferia es el militar. Los dos cuarteles, uno en la Avenida de Federico Anaya y otro al final de la del Doctor Torres Villarroel, disocian más con sus grandes instalaciones a estos barrios. Lo mismo ocurre en cuanto a la estación ferroviaria y los haces de vías que de ella parten sin túnel alguno e incluso con peligrosos pasos a nivel dentro de la misma ciudad, como los tuvo el barrio de Garrido hasta la desviación de la vía portuguesa. Y también el pobre cinturón industrial se intercala entre los barrios. La azucarera cierra así el de San José por su costado oriental, y la de Mirat el de la Prosperidad por el sur. Aquella no crea excesivos problemas y menos aún lo hacen el llamado Polígono Industrial y la fábrica de rodamiento a bolas, detrás de los barrios de San José y La Vega, o las pequeñas instalaciones fabriles de la carretera de Portugal. No puede decirse lo mismo de la de Mirat, bien ubicada respecto al núcleo, pero no en relación con la Prosperidad porque cuando domina la situación atmosférica meridional sufre sus humos y olores.

Más positiva es la intercalación de los cinturones escolar, recreativo y verde. Mientras en el núcleo sólo hay un gran grupo escolar —el de Francisco de Vitoria-, en los barrios y sobre todo en el más populoso de Garrido, existen varios. Y lo mismo cabe decir de los Institutos de Bachillerato y Escuelas de Formación del

Profesorado, todos ellos emplazados en o entre los barrios. El cinturón recreativo lo forman varias piscinas, el Pabellón de Deportes, la Plaza de Toros, el Campo de Tiro y algunos campos de fútbol. El verde estuvo limitado hasta hace muy poco tiempo a aquel indicado Parque de San Francisco y a la Alamedilla. Este último, debido a las vías ferroviarias, más sirve al núcleo que al cinturón de barrios en cuyo comienzo se halla. A uno y otro se sumó el Parque Fluvial, sobre la orilla derecha del río, y, recientemente, la Huerta de los Jesuitas, uno y otro aprovechando espacios abiertos de antiguos monasterios. Al final del Camino de las Aguas, eje interno de la Prosperidad, se halla el mayor de todos: la Aldehuela de los Guzmanes, cuya magnífica alameda enlaza con el débil cinturón agrícola y tiene inmediata la playa fluvial que completa aquel cinturón recreativo. A unos y otros se sumará próximamente, y según proyecto municipal, el de Pizarrales. El barrio de Garrido, el más necesitado de todos, es el que queda más desamparado al respecto.

Los cinturones sanitarios, industrial y recreativo se completan más exteriormente. El sanitario, con un hospital al final del barrio de la Vega y otro, específico como ese, en los Montalvos, al suroeste del conjunto urbano. El industrial, sobre todo, con un segundo polígono que se ha formado a ambos lados de la carretera de Valladolid. El recreativo, con las piscinas, pistas y campos de deportes del principal club deportivo de la ciudad. Pero estas instalaciones de las dos últimas funciones se hallan fuera del término municipal. Es lo que ocurre también con la mayor parte del cinturón de residencias secundarias, que se han levantado al otro lado del río, entre la azucarera y el término de Santa Marta de Tormes, pero más aún sobre las distintas carreteras que parten de la ciudad y ya dentro de los términos municipales próximos.

Atención especial y final merece el contacto entre el núcleo histórico y todos esos cinturones que lo envuelven. Si es difícil por la densa circulación de las rondas, y violento por el contraste en calidad que presentan en líneas generales núcleo y barrios, mayor dificultad y violencia se acusan respecto a los barrios meridionales. Sobre todo respecto al Arrabal y al gigantesco de San José, que no dispone más que de un puente cercano pero aislado por la carretera de Madrid. El primero ha quedado separado de su iglesia por un complejo triángulo vial que enlaza las carreteras de Madrid, Cáceres y Portugal. Complejo y de peligroso cruce hacia el templo. Como si se quisiera dar a los feligreses más oportunidad de alcanzar la palma del martirio que la que tuvieron los primitivos cristianos. Y, frente al segundo barrio, contribuye más a la brusquedad de su enlace y su calidad respecto al núcleo un gran paredón de cemento que se ha levantado allí donde las construcciones no llegan hasta el mismo borde de la carretera y con el que se ha tajado el teso de areniscas. Parece que se hubiera pretendido con él la más desgraciada réplica posible a los restos de muralla medieval que le quedan al núcleo. Y la brusquedad se completa con la panorámica que ofrecen estos barrios.

Fea era la del Arrabal con sus casas semisuburbanas, y feas son las diferentes alturas que se han dado al edificio destinado a Parador de Turismo y las torres que se levantan en el barrio de San José. Parece también que se hubiera pretendido con ello otra réplica, y no menos desgraciada, de la panorámica que desde allí ofrecen a este lado las torres, espadañas y cúpulas de San Esteban, Catedrales, Clerecía, Universidad y Agustinas. Hasta se han pintado de verde los gigantes edificios de San José. Quizá quien así los planeó creyera que era necesario para hacer más real el «alto soto de torres» de la metáfora unamuniana. Será ya difícil corregir tanto desaguisado. Esperemos que, al menos y como contrerréplica, se busque solución más acertada para contener el talud de acá que los pilares que lo sostienen bajo las Facultades de Ciencias y se adecente toda la parte de las murallas. Y esperemos igualmente y sobre todo que se sepa conservar, y si cabe mejorar, este armónico conjunto arquitectónico —mejora posible: lo demuestra el rescatado supuesto huerto de Calixto y Melibea— que se levanta sobre la orilla derecha del río y del que, con Lope de Vega, aún podemos decir de él que encierra «ameno jardín que solemniza la provincia del mundo más extraña, cuya planta Minerva solemniza».

ÍNDICE

NACIMIENTO Y RENACIMIENTO DE UNA CIUDAD	9
LA CIUDAD MEDIEVAL	12
POSTERIORES TRANSFORMACIONES SOCIALES Y ECONÓMICAS	14
LAS MANIFESTACIONES FORMALES	18
LA ULTERIOR EVOLUCIÓN DEMOGRÁFICA	23
INCREMENTO Y DIVERSIDAD DE ACTIVIDADES	25
EL DESARROLLO ESPACIAL	32
REPARTO ACTUAL DE FUNCIONES Y DE FORMAS	38

INDICE



Vista aérea de Salamanca

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



6403830764

